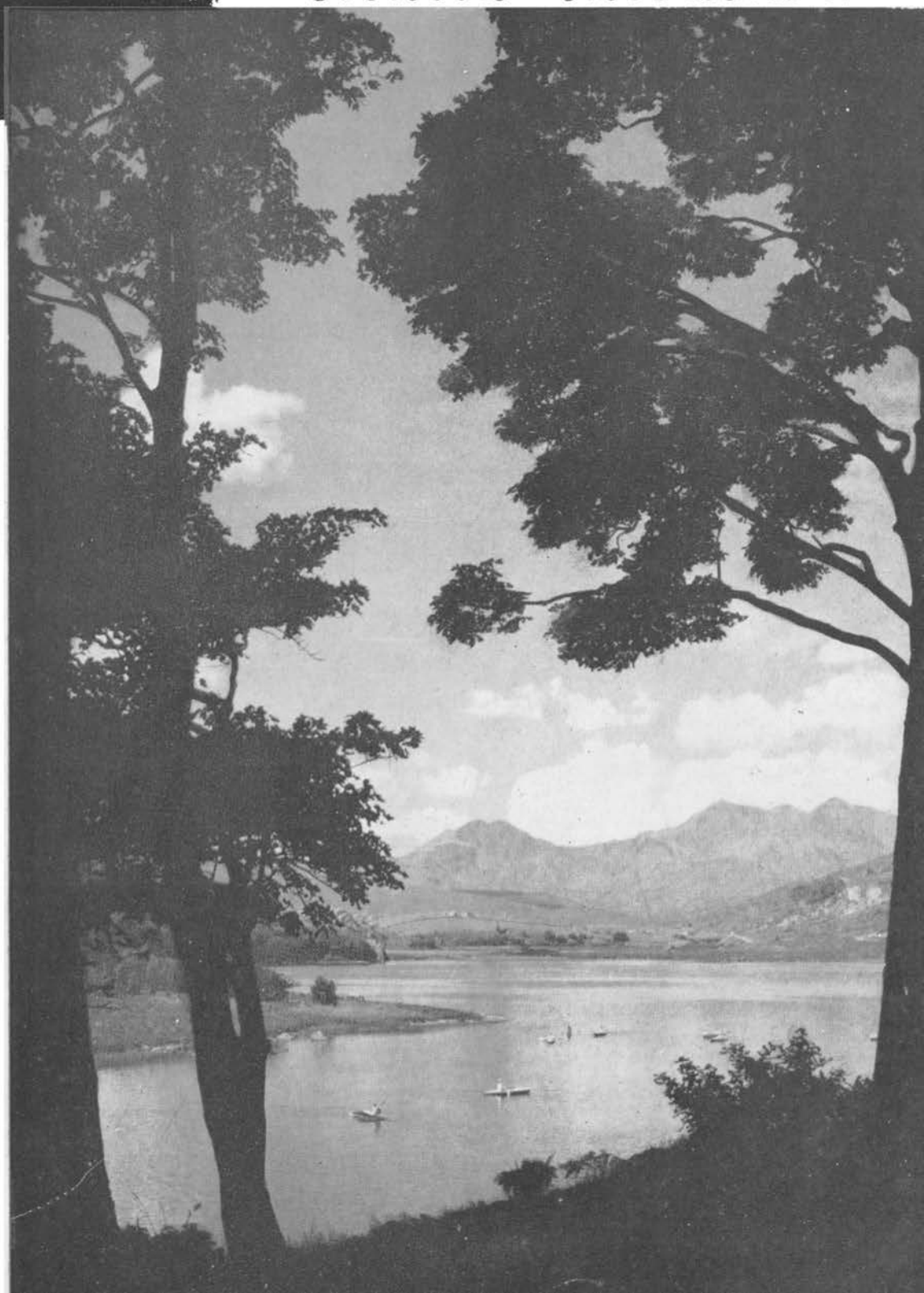
CENIT

sociología
ciencia – literatura

Sumario

José Peirats: Fascismo y democracia, dos calamidades turnantes. — **Eugen Relgis:** Una Escuela de Sabiduría. — **J. Alaudo:** La Libertad está de luto. — **Pérez Guzmán:** La Educación Moral. — **Conrado Lizcano:** El puente de la inspiración. — **María Lacerda de Moura:** Domesticando. — **Georges Woodcok:** Charles Fourier, el falansteriano. — **M. Celma:** La Vida y los Libros. — **Hem Day:** Nuestra Luisa Michel, poeta. — **Cosme Paules:** La palanca de Arquimedes. — **Suno:** Microcultura. — Folletón encuadernable: El Problema de la Enseñanza, por **Ricardo Mella.**



JUNIO 1958

90

Revista Mensual

PRECIO: 90 FRS.

NUESTRA PORTADA

El paisaje es una forma de arte espontáneo, producido por la Naturaleza, por los juegos de la luz, la perspectiva, los colores, la geografía y la geología combinadas.

Un hermoso paisaje sume al hombre en el mismo estado de meditación que un libro de enjundia o una sinfonía. Le aleja de todas las banalidades y miserias de la existencia cotidiana y le inspira pensamientos profundos y elevados. Por eso todos los espíritus inquietos y todos los pensadores han amado los viajes, el excursionismo, la visión de la Naturaleza despojada de toda mancha y de toda adulteración aportada por la mano del hombre y sus intereses bastardos.

«Cénit» reproduce paisajes en su portada porque estima su espectáculo consolador y útil. Recuerdan al hombre la Naturaleza y le invitan a volver a ella, en plena era atómica.

CÉNIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción: Federica Montseny, José Borraz, Miguel Celma.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 250 francos; Semestre, 500 francos. — Exterior: Trimestre, 270 frs.; Semestre, 540 frs.

Número suelto: 90 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire, C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año VIII Toulouse, Junio 1958 N.° 90

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS - Monte Esquinza, 30-3.° dcha. - MADRID-4

FASCISMO Y DEMOCRACIA, DOS CALAMIDADES TURNANTES

LA inveterada propensión de los Estados de post-guerra hacia las fórmulas totalitarias debiera impeler a meditar profundamente. Porque generalmente no se hace. Los más calificados se mecen en el comodín de lugares comunes exasperantes. Se inclinan generalmente a considerar la plaga como una mera manifestación accidental, y no faltan geniales exégetas que atribuyen el fenómeno a la influencia de los astros. Hay una teoría de los ciclos inspirada en la evolución de los astros y aplicada a nuestras cosas de la tierra: a las lluvias, a las sequías, a las plagas, a la criminalidad, a los suicidios, a los imperios, a las civilizaciones, en suma: a las mudanzas políticas. El comunismo, el fascismo, el nacionalismo, el imperialismo, estarían encuadrados en este fatalismo astrológico.

Se han venido considerando las diversas manifestaciones totalitarias—fascismo o comunismo tanto monta—como enfermedades del género humano, como crisis de crecimiento de la civilización moderna, como accidentes más o menos transitorios, sin tomarse la molestia de atisbar más lejos.

Un hecho, sin embargo, llama la atención: la reincidencia sistemática del morbo. Lógicamente, la caída de Hitler y Mussolini, al precio ruinoso de una guerra terrible, con un saldo de montañas de cadáveres, debiera de haber sido el signo culminante de la epidemia y el descenso de la fiebre. Y, sin embargo, la fiebre ni siquiera ha descendido; ha seguido subiendo, subiendo.

Una segunda teoría intercede: la mala voluntad de los gobernantes, su hipocresía, sus ambiciones, su estrecha mentalidad; o la asignación al mundo de las nacionalidades de zonas geográficamente inmunes o predispuestas. Tales o cuales pueblos, por el temperamento de sus habitantes, por su geografía y hasta por su clima serían candidatos propiciatorios a la plaga o a la inmunidad.

Se añade también como circunstancia propiciatoria la historia y la tradición. Y, no obstante, cuántas tradiciones no han quedado rotas, hechas cisco, y cuántas no continúan rompiéndose. España y Francia son los ejemplos más inmediatos. Por su temperamento, por su individualismo, por su rebeldía ingénita, a nuestro pueblo se le consideraba inmune del comunismo y del fascismo, que son una misma plaga. Y los hechos, más fuertes que las cábalas, han desmentido esta teoría. Si el fascismo y el comunismo son las dos caras de la misma moneda, y el primero venció en la contienda de 1936-39, obsérvese cuán cerca estuvo de vencer el comunismo. A estas alturas el reinado de Franco se mide por decenas de años. Que el fascismo no haya conseguido calar hondo en la masa del pueblo no es un hecho que pueda tranquilizarnos. Sobre el fascismo español han pesado presiones exteriores no menos poderosas que las que el mismo fascismo ejerció sobre nuestro pueblo. ¿Qué hubiera ocurrido si el fascismo español no hubiese sido bloqueado en su ínsula? ¿No es hasta cierto punto tributaria la resistencia de los españoles a los aires estimulantes que recibe de fuera?

Sí, las tradiciones se rompen. Y nada más elocuente que el caso de Francia, del que, por obvio además, no vamos a tratar en estas líneas. Y el totalitarismo no obedece solamente al capricho malsano de un grupo más o menos denso de aventureros, ni al aparato de relojería de los signos zodiacales. El fascismo es una torpe y aciaga reacción contra un embotellamiento en el tráfico de las instituciones vigentes. Mejor dicho: el fascismo es una reacción brutal, intempestiva, epiléptica frente a un círculo vicioso perseverante. El fascismo pretende ciegamente llenar un vacío. Lo importante es, pues, el vacío, la falta de soluciones lógicas o naturales a una situación de caos que, con las suyas, agrava el fascismo.

La facilidad con que el fascismo consigue atraerse a hombres de las diversas escuelas, clases y condiciones; y hasta a las mismas masas, debiera hacer reflexionar a los simplistas del antifascismo. Cuando todo va manga sobre hombro; cuando la colisión entre intereses de clases alcanza el punto culminante; cuando los gobiernos pasan o se desploman rápidamente; cuando los partidos hacen del

hemiciclo parlamentario una pista de circo; cuando se escinden estos mismos partidos corroídos por crisis internas; cuando la moneda baja y los precios suben, entonces hasta las ranas piden a voz en grito un gobierno fuerte, un puño de hierro, una dictadura providencial que imponga el orden,la disciplina, la unidad, la paz a golpe de charrasca.

Sin esta condición previa de desintegración general, contra la que nadie es suficientemente preclaro o influyente para poner eficaz remedio, son casi inconcebibles la dictadura y el fascismo. La dictadura, casi siempre aplaudida por importantes sectores y hasta por masas de opinión, es la salida de la bestia, lo más primitivo y bárbaro del instinto de conservación de un pueblo y una élite. El fascismo es la fase de la dictadura por la que ésta, pasado el momento traumático, empieza a comprender que todo el problema no consiste en repartir estacazos a diestro y siniestro. Tras la fase demoledora incumbe enmendar la plana al viejo régimen. Y como no se pueden pedir peras al olmo, la fase constructiva de la dictadura no puede sustraerse de la pobreza mental de sus mentores. La reacción consiguiente es también instintiva. Si la causa de las causas es el desorden, la fricción entre las clases, se suprimen y refunden en una sola por decreto, como si fuese posible purificar por decreto el aire viciado; si se tratara de remediar el antagonismo de los partidos, se suprimen y refunden en uno los partidos. Esta burda solución, no por burda tiene menor efecto demagógico en legos e ilustrados. A esta fase apoteósica, espectacular y teatral de la dictadura es a lo que llamamos fascismo. Las nuevas fórmulas arbitradas tendrán siempre como guardián el sable. Todos y cada uno han caído en la trampa. Ni el dictador y sus cortesanos podrán evadirse de la camisa de fuerza. El dictador fascista es también esclavo de su propio sistema. Creerá firmemente, fanáticamente, en la infabilidad de su persona y del sistema que encarna. Sus propias consignas providencialistas le llegarán de rebote como un eco, que creará verbo divino.

Llegamos, pues, a la conclusión de que el sistema político-social contemporáneo lleva en su seno, como la concha el molusco, el germen de la dictadura, y ésta el fascismo. El propio ahinco del fascísmo en el sistema delata esta realidad. El régimen representativo contemporáneo, del que se hace cuestión de dogma, es un sistema falso de arriba abajo. Es el sistema de la ficción democrática. Decir que es falso equivale a decir que no puede ni podrá nunca cumplir la misión que se ha venido asignando. No se trata de una orientación equívoca ni de la pésima calidad de sus hombres representativos; no se trata de orientaciones políticas buenas o malas, de buenos o malos políticos. El error estriba en el sistema mismo.

Hemos caído muchas veces en el desliz de una perniciosa propaganda contra los hombres públicos. Esta propaganda, más sistemática que circunstancial, ha venido apoyándose en que todos los aspirantes sin excepción a concejales, a diputados y ministros son irremisiblemente, en esencia y potencia, tarados morales o logreros. La verdad es que honrados o ambiciosos, que de todo hay en la viña del señor, son más bien víctimas del sistema.

¿Y en qué consiste este sistema? El sistema no es sólo el gobierno, ni los órganos legislativos, sino que todo el aparato representativo. Desde el mecanismo electoral a las altas instituciones del Estado todo está viciado. La elección no es libre por más que lo parezca. El horrísono mecanismo de la propaganda, la ofensiva publicitaria de la prensa controlada o vendida al mejor postor, es un bombardeo de saturación llamada a ablandar, demoler y decidir capciosamente la libérrima voluntad del electorado. La educación amanerada y la coacción económica pesan como plomo en el espíritu del elector. Y éste no es más que un ejemplo de los procedimientos sufragísticos normales.

Por lo demás, todo el empeño de la teoría democrática consiste en la conciliación de cosas irreconciliables. Lo irreconciliable empieza al enfrentarse los intereses de los partidos. A menudo, dentro del partido, son irreconciliables los intereses de sus representantes. Por lo que respecta al Estado, pretende éste la reconciliación de todos los intereses en aras del interés general. Este interés general no puede ser más hipotético. Dividida la sociedad en clases económicas dispares, en oligarquías políticas o tradicionales; siendo—por otra parte—dogma del Estado el respeto inviolable a esta gama divisionaria, la consigna de interés supremo carece en realidad de sentido. Pueden más los intereses enraizados y alentados de clase, de casta y de clan que todas las consignas hiperbólicas de unidad nacional.

La consecuencia es un equilibrio precario, oscilante y quebradizo de los resortes rectores, que lejos de inducir al sacrificio de los partidismos los hostiga y exalta. La inestabilidad del poder ejecutivo, la ausencia de una continuidad política tiene en vilo a las llamadas clases pasivas, a los industriales y al mundillo de los negocios cuyas laboriosas digestiones precisan de un clima privilegiado. De los consejos bancarios, de las gerencias industriales, de los rentistas, de los pensionistas y demás «fuerzas vivas» salen los patrocinadores, los fanáticos demagogos y los espadones. En el peor de los casos, el pueblo, que tiene reacciones muy particulares, ve con buenos ojos, con fruición y a veces con taimada indiferencia, cómo echa el fascismo barranco abajo el tinglado de la farsa parlamentaria. Después sufrirá las consecuencias de ese ir de Herodes a Pilatos, pero «que le quiten lo bailado».

¿Y cuáles son las reformas del fascismo al sistema democrático? Fundamentalmente, ninguna. Se esforzará por darle otros orígenes a la soberanía representativa, pues raramente renuncia el fascismo a darse lustre representativo. Suprimidos los partidos de dudosa representación, establecerá el mandato de ciertas jerarquías y corporaciones. Unas, de nueva creación; otras, inspiradas caprichosamente en la tradición más épica. Estas reformas tienden más que nada a disimular la real concentración del poder político, razón suprema del fascismo. Pero la unidad nacional en el respeto a las jerarquías económicas, militares y políticas, es el gran sofisma del sistema fascista. Y también su talón de Aquiles. La gran concentración autoritaria que es el fascismo sólo conseguirá contener, o siquiera postergar, el desencadenamiento de las hostilidades inevitables. Inevitables, porque la «unidad nacional» es imposible dentro del cuadro de la jerarquía.

La pretendida revolución totalitaria es solamente pródiga en verborrea antidemocrática y, a veces, anticapitalista. Ni más ni menos que la revolución comunista de tipo soviético. Las clases tradicionales toman otros nombres, pero persisten con todos sus antagonismos naturales. Eso sí, donde la democracia sucumbe víctima de sus propias contradicciones, el fascismo consigue mantenerse fren-

te a la marejada. Un poder coercitivo inmensamente concentrado, y todos los recursos financieros, militares y policíacos a su servicio le permiten sobrevivir hasta a su propio pueblo. Será necesario el empuje de un poder exterior más fuerte para que se desplome como un castillo de naipes. Es el caso de Hitler y Mussollini.

Pero pretendemos demostrar que el fascismo empieza a levantarse el mismo día de su caída. La caída del fascismo va seguida de la puesta en marcha del antiguo régimen democrático que, como hemos visto, hizo y hace la cama al fascismo. Hasta hace relativamente poco tiempo en el torneo democrático todo se reducía a un girar continuo de los partidos turnantes, conservadores y liberales. El ejercicio del poder gastaba al partido que lo detentaba. La salida del poder tenía como premio una oposición beneficiosa para la reconquista. Hoy el fenómeno es el mismo, pero las consecuencias son más vastas. Hoy no se trata de partidos sino de regímenes turnantes. La vuelta al sistema parlamentario según el viejo patrón tiene como régimen turnante o sucesor al fascismo, con el agravante de que el fascismo no cede su vez tan fácilmente. Fué menester la circunstancia de una guerra mundial para que cediera el fascismo en sólo tres países: Italia, Alemania y Japón. Pero ¡a qué precio! Quedaron en pie los fascismos de Portugal y España. Y por la sola omnipotencia del fascismo ruso la epidemia totalitaria cubre ahora más de medio mundo.

Lo que sobresale de estas reflexiones es que la democracia, que fué la causa material y psicológica del fascismo, no puede ser su solución. La democracia, tal cual se nos presenta en nuestros días, no conseguirá jamás inmunizarse contra la sucesión totalitaria. Al contrario, seguirá siendo ella misma su campo abonado. Cuando más, seguirá compartiendo con aquél un poder turnante siempre en las condiciones de desventaja que hemos apuntado en el párrafo anterior. Necesita, pues, de una evolución.

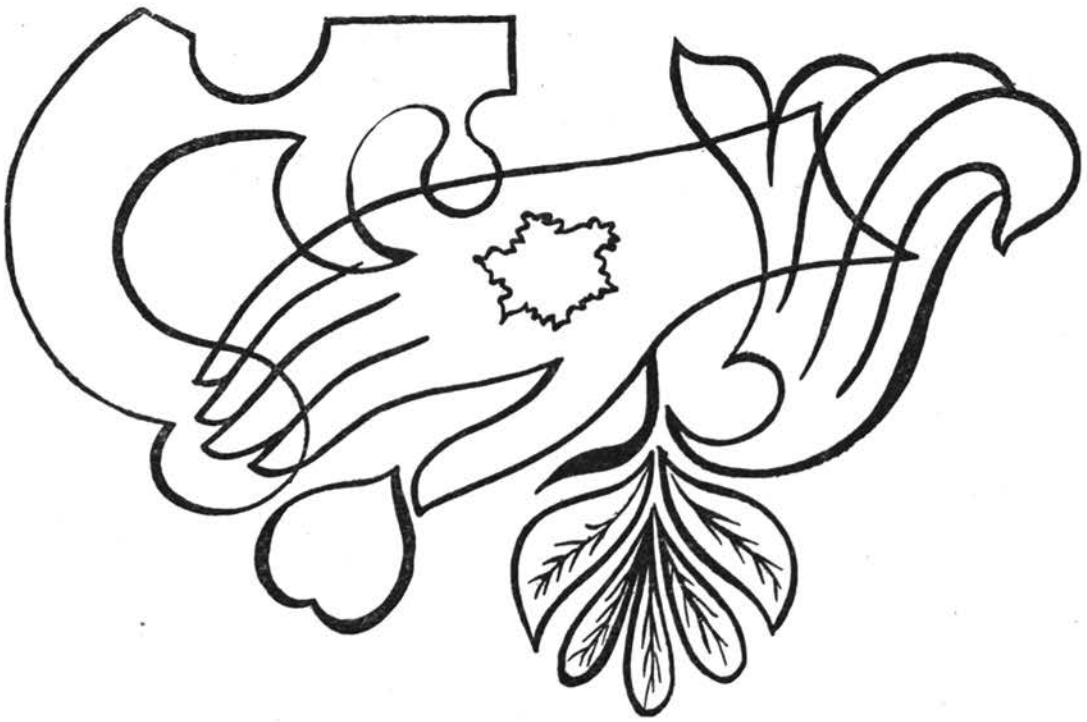
Pero decir que precisa la democracia de una evolución es decir muy poca cosa. Más que evolución es una revolución lo que necesita. Por evolución no conseguiría jamás suprimir los antagonismos internos que la esterilizan. La vida histórica de la democracia está empedrada de «evoluciones» anodinas. ¿Quién impulsaría esta evolución sino los mismos partidos o individuos, mediatizados por clases e intereses contrapuestos, naturales o bastardos? Cualquier reforma de y por la democracia llevaría impresa la huella moral y material de tan sospechosos reformadores.

La reforma, para que fuese fructífera, tendría que hacer tabla rasa de un enjambre de prejuicios tan profundamente enraízados que su plena realización equivaldría a un trastrocamiento general del orden social, económico y jurídico de la sociedad presente. Sólo una revolución puede afrontar esta empresa con todas las consecuencias por delante.

Dejemos, pues, al cuidado de los interesados el atisbo más benigno posible de un tal episodio revolucionario. Lo incuestionable es que sin una revolución profunda, que ponga a todos los hombres sin excepción en un mismo plan de laboriosidad y de usufructo de los bienes colectivos es inútil soñar en la institución de una verdadera primacía del interés general o, si se prefiere el término, en una verdadera democracia: el socialismo libertario.

En defecto de esta revolución el fascismo insistirá una y mil veces en la suya a cada embotellamiento del tránsito parlamentario, con lo que la viciosa sucesión democracia-fascismo-fascismo-democracia, con sus terribles catástrofes concomitantes, se prolongará por los siglos de los siglos.

José PEIRATS



Una "Escuela de Sabiduría"

LA cultura europea, dominada por la técnica y la política, es siempre amenazada por el peligro de la mecanización excesiva y de la guerra nacional y económica, llamada también imperialista o «ideológica». No es necesario demostrar esta verdad que experimentamos en la vida de cada día, y que exige a cada conciencia libre, sin tardanza, un desenlace, una solución salvadora. Advertencias solemnes nos llegaron de otros continentes. La voz ds Rabindranath Tagore, la acción realista y apostólica de Mahatma Gandhi nos conmovieron en aquellos años, después de la primera guerra mundial, no porque surgieron en un lejano país asiático, en la luz de la espiritualidad budista; precisamente porque tienen una significación planetaria, esas advertencias suscitaron en nosotros el mismo impulso: el del activo.

También en Europa resonaron a veces semejantes advertencias. Las hemos desoído o prestado escasa atención. Durante la guerra de 1914-18, Romain Rolland nos dió, en su persona y su obra, el ejemplo de la soledad valiente, heroica. «Por encima de la contienda», por encima de los precipicios en los cuales se derrumbaron los ídolos de «una civilización con pies de barro», él levantó la ciudadela de la fraternidad,, cimentada con la verdad y la libertad. La «Iglesia laica» de Villeneuve, en Suiza, ha sido edificada en las almas de los adeptos que rodearon a Romain Rolland, afectuosamente, en esa noble comunión que sabe evitar el fetichismo personal o dogmático. La potencia de irradiación del espíritu activo se comprobó, a través del autor de «Juan Cristóbal», irresistible, penetrante como toda energía vital. La conciencia colectiva de Europa ha sido salvada en aquellos años por un hombre que había atraído hacia su refugio alpestre todas las conciencias independientes, que padecían en el infierno de la matanza entre los pueblos supuestamente culturales.

El ejemplo casi único de Romain Rolland durante la guerra tuvo repercusiones también en la Alemania vencida, en los primeros años después del armisticio, pues el Tratado de Versalles no era un verdadero convenio de paz. Desde 1920 hasta 1930, y aun en las vísperas del advenimiento al Poder del régimen nacionalsocialista, se podían leer muchos estudios sobre la «Nueva Alemania», sobre **otra** Alemania que ha sido apartada con tanta brutalidad y cinismo en 1933. Una revista francesa, «Europe», publicaba «Cartas alemanas» que se nos parecen hoy extrañas, como relatos de otro planeta.. Se nos decía, en un número del año 1827, que el psicoanálisis fundado por Freud ha ejercido una considerable influencia sobre la filosofía y literatura alemanas: la metafísica recibió nuevos impulsos, y en literatura se plantearon problemas que determinaron a que ciertos críticos proclamasen la aparición de un nuevo romanticismo (después de aquel que floreció en los comienzos del siglo XIX). Los problemas que preocupaban en 1920 a los pensadores alemanes, eran nada más que éstos: ¿Cuál es la esencia de la vida? y ¿qué es el ser humano? La antigua metafísica renacía, fortalecida por elementos de la ciencia moderna. Del mismo modo que el «misticismo» del siglo XVIII aprovechó las ciencias naturales para prolongar por algún tiempo su existencia, «el progreso de la técnica y del psicoanálisis sirven, en nuestros días, al afianzamiento de un mundo espiritual cuyos límites no están establecidos todavía».

Lo repetimos: tales opiniones se podían escribir aun en 1927 .Entre mis apuntes de aquel año, encuentro el siguiente resumen: «En la historia de la humanidad hay períodos de orgullo y otros de inquietudes—de según la palabra de Kierkegaard—el hombre está en busca de un Dios desconocido. Los inquietudes de ese período constituyen, en el fondo, una efervescencia creadora **que oculta las enfermedades graves de la sociedad.** Alemania se halla ahora en una época de inquietudes; no crea obras maestras, pero suscita problemas y hasta realidades espirituales que ejercen su influencia sobre el pensamnento contemporáneo. La teosofía moderna, el neobudismo, la antroposofía de Rudolf Steiner, el romanticismo místico son los síntomas de estas búsquedas febriles de la intelectualidad alemana. Ella se dió cuenta de que la guerra mundial ha provocado también el derrumbamiento de ciertas formas culturales. Es menester crear formas nuevas. El maquinismo, la técnica excesiva han perdido hoy una parte de su preponderancia de antes de la guerra. Ya no se puede confundir el desarrollo de la «ciencia práctica» con el progreso ético y espiritual de la humanidad. Walter Rathenau ha demostrado, con claridad meridiana, esta verdad. Y Herman von Keyserling, por otra parte, con su filosofía flexible, insinuante, condenando la civilización mecánica, ha proclamado la primacía del Espíritu».

En aquellos años, la revista «Europe» informaba a los franceses sobre las obras de H. Kern («La filosofía de Carl Gustav Crus»), de A. H. Schmitz («Ergo sum»), de Paul Tiflich («Principios del socialismo cristiano»), Wilhelm Loew («Ideal y Realidad»), Theodor Siegfried («Fenomenología e Historia»), etc. Estas obras refleajn los complejos problemas que preocupan a los pensadores contemporáneos y, sobre todo, «la increíble fermentación intelectual en la Alemania de hoy».

Yo también, al realizar en 1921 una versión rumana de la «Biología de la Guerra», hice conocer el ejemplo optimista de su autor, el profesor Georg Fr. Nicolai, que solía decir que la derrota fortalece al hombre que siente en sí la «alegría del porvenir». Esta obra se publicó durante la guerra y ha sido vertida en diez idiomas. Diez años después de su aparición, yo creía todavía que la derrota fortalece realmente a los vencidos, y que Alemania renacía entonces, no tan sólo en sus formas anteriores a la primera guerra mundial—técnicas y económicas—sino también en esas formas idealistas, despreciadas durante su «época gloriosa»,, esto es: la época agresiva del militarismo prusiano. Estaba convencido de que la literatura, la filosofía y las artes, junto con la ciencia, llegarían—como en los otros países occidentales—a expresiones superiores, originales, y que el deber de cualquier intelectual es el de no ignorarlas.

*

Otros viajeros europeos trajeron en aquel entonces los mismos testimonios. Cito aquí sólo al escritor francés Andre Germain, que anotó en su libro «Chez nos voisins», 1927, algunas manifestaciones de las nuevas tendencias europeas después de la guerra. El autor sabía que su viaje no era un mero itinerario, una vagancia, sino un viaje a través del mundo de las ideas y de los altos sentimientos, descu-

briendo verdades valederas para todos, visiones realistas y anticipaciones idealistas. Ha llamado «en las buenas puertas». «En Colonia, escribe, me detengo para ver a dos de esos hombres que hacen falta al resto de Europa». Son dos ensayistas; uno es el discípulo más autorizado de H. von Keyserling. En las cercanías de Berlín visitó al pintor octogenario Max Liebermann, luego al estadista Gustav Stresseman. Conversaciones apenas esbozadas, reducidas a algunas frases significativas, fundidas en una atmósfera de buena voluntad y comprensión. En Florencia, obtiene una rápida entrevista con Eleonora Duse: una blanca silueta, que se vislumbra—cual un relámpago—sobre las cimas del arte y del amor. Ha visto a Romain Rolland también, en Villeneuve; el refugio de este solitario dolorido por los odios y las infamias del mundo, y sin embargo confiado en el destino de la humanidad, es evocado con conmovedora discreción y fraternidad. Volviendo a Alemania, consagra páginas al poeta Frit von Unruh, al dramaturgo Carl Cternheim. Hay también una patética evocación del nido feudal donde murió Bismarck, el fautor de la guerra franco-alemana, en 1870-71 y, por las repercusiones «revanchardes» de ésta, uno de los precursores de la guerra de 1914. Pues la sombra de este gigante de la política imperialista alemana persiste—cual un vuelo de águila—en nuestros días de ansiosa búsqueda de la paz. También los años de postguerra están llenos de desastres, asesinatos, rebeliones, penurias y febriles compromisos. Es lo que se llama, hipócrita o cínicamente, «guerra fría». Y el autor de «Chez nos voisins» ha notado las aprehensiones de algunos hombres que supieron ver más lejos que los otros. Europa se les aparecía como una isla amenazada de ser sumergida por las olas de los demás continentes. Guardianes de esta Europa, los «Buenos Europeos» ofrecieron para ella su pensamiento, sus fuerzas morales y aun su vida (Rathenau, Nicolai, Heinrich Mann, Ossietzky, Landauer, Mühsam, Rudolf Rocker, Freiherr von Schœnaich y ¡cuántos más, para citar sólo a los de Alemania!) luchando con la serena dignidad de los sabios o de los visionarios...

*

¡Tempi passati!... Las esperanzas en una «nueva Alemania» han sido tremendamente desmentidas por los acontecimientos políticos desarrollados desde 1933 en este país y luego, por la guerra, en todo el mundo. No obstante, no podemos renunciar por completo, como otros observadores, a la creencia de que de las raíces de la verdadera espiritualidad brotarían más tarde, en Alemania también, otros retoños en el lugar de los que fueron tan cruelmente arrancados por el régimen anticultural del totalitarismo estatal. Este totalitarismo no es más que una erupción de «las graves enfermedades de la sociedad» ocultas en los períodos de inquietud, bajo una efervescencia creadora. No se puede hacer **tabla rasa** de todo lo que se ha **creado** en los dominios culturales alemanes, durante el decenio 1920-1930. Si muchos representantes de la cultura alemana—como Oswald Spengler, el autor de «Decadencia del Occidente»—se prestaron al servicio del régimen opresor, tratando de ajustar sus doctrinas a los mandatos inmediatos de la propaganda política, quedaron bastantes pensadores, en las cárceles o en el destierro, cuyas obras son testiminios para las generaciones de mañana.

Raras veces una obra de »filosofía de la historia» obtuvo, como «Decadencia del Occidente», una resonancia tan amplia en Alemania y los países circundantes. En 1926, los dos grandes tomos alcanzaron un tiraje de cincuenta mil ejemplares. André Fauconnet, profesor francés de idioma y literatura alemanes ha consagrado un libro, escrito con elegancia y concisión, a la concepción de Oswald Spengler «cuyo pensamiento es rico, pero con frecuencia confuso». En su filosofía, a la vez abstracta y poética, se evidencia especialmente la influencia de Gœthe y Heráclito. Spengler aplicó a la cultura—igual que a la naturaleza—la ley de la perpetua transformación, formulada por Heráclito **(Panta rhei)**. Siguiendo a Gœthe, proclamó la filosofía del «devenir», de la vida en constante desenvolvimiento, contrariamente a la filosofía de Kant relacionada a lo que es fijo, a lo «que ha vivido ya». No existe el «hombre en general», el hombre abstracto. Se debe estudiar el hombre en relación con el tiempo. Spengler, basado en el principio del **relativismo histórico,** trató de expresar las leyes que rigen en la evolución de la cultura. Como todo ser vivo, la cultura nace, crece, decae y muere. Cada cultura tiene su infancia, su juventud, su madurez y su vejez. Una época cultural dura más o menos mil años; este milenio se divide en fases de dos o tres siglos que corresponderían a las cuatro estaciones.

Según Spengler, son contemporáneos aquellos sucesos históricos que, siendo situados cada uno en su respectiva cultura, ocupan la misma posición, tienen el mismo significado y cumplen el mismo papel. Trazando grandes cuadros sinópticos, él confrontó, siempre según su concepción, las culturas india, griega, árabe y occdental. La cultura occidental, europea, es «faustica». Como el héroe de Gœthe, ella aspira hacia lo infinito. Los principales representantes de la cultura occidental son los ingleses y alemanes, particularmente los prusianos (!). En su conjunto, la concepción de Spengler constituye una apología de la Reacción. Reconoce, sin embargo, que la cultura occidental se halla en decadencia, y nada ni nadie puede frenar su desaparición fatal.

Fauconnet, en su libro, insiste acerca de las aplicaciones de las ideas de Spengler en los dominios político, económico, jurídico, pedagógico, etc. Pese a su rica documentación, este autor no puede ocultar los defectos y errores de la concepción de Spengler. Hasta la ley de la evolucin de la cultura, formulada por él, no estaría plenamente justificada y muchas de sus conclusiones pueden ser rechazadas. Ya no se puede hablar de la influencia benéfica del «spenglerismo». Un escritor como Thomas Mann advirtió a la juventud alemana, contra el peligro de esta concepción «falsa, pretenciosa e **impasible hasta los límites de la inhumanidad»** (Unmenschlichkeit).

*

Si Oswald Spengler ha concentrado todo su pensamiento en un libro erróneo—como lo demuestra también Arturo Labriola en «El Crepúsculo de la Civilización»—y fracasó finalmente, superado en sus propios errores por el famoso Rosenberg y otros feroces teóricos nazis «la raza y la sangre», un Herman von Keyserling representa, por otra parte, una fuerza intelectual y espiritual en incesante empeño de renovación. Sus ideas y sus análisis pueden ofrecer algunos motivos de confianza, afianzar las energías de los que dudan todavía de la vitalidad de la cultura o por lo menos de la civilización europea.

Algunos consideran a Keyserling como un mago moderno. Mauricio Boucher, otro francés, expone fielmente, en un libro, su filosofía (1927) empezando con el análisis de varias civilizaciones y la confrontación inevitable: Oriente y Occidente. Pese a sus respectivas insuficiencias, «el restablecimiento de la sabiduría es posible mediante la unión del Occidente con el Oriente». La historia, las artes, las formas individualistas de la cultura son determinadas por «las fuerzas espirituales». La organización de estas fuerzas constituye el problema central de la filosofía de Keyserling, que se opone a una «civilización del mínimo de esfuerzo», es decir, al maquinismo que aniquila la personalidad.

En todas sus obras, Keyserling hace la crítica de nuestra época, exponiendo detenidamente los males que padecemos todos, y su conclusión es siempre la misma: la sabiduría es un acto creador la vida espiritual debe ser defendida contra la técnica agresiva. Se necesita una reforma

anterior, mediante la cual puedan restablecerse los derechos del alma, sin negarse, por eso, los derechos de la inteligencia. Keyserling está al lado del hombre que comprende, y contra el hombre que sólo quiere saber, contra el científico carente de inteligencia sintética. La verdadera cultura es otra cosa que la habilidad técnica. **Ser** es más que saber; el mago está por encima del erudito. Por eso, Keyserling es antidogmático; no se deja dominar por ese «espíritu de sistema» que siempre se queda «fuera de la vida». La vida debe ser penetrada y dirigida por fuerzas espirituales. Esta actitud de Keyserling no es, pues, metafísica; su pensamiento no es sistemático, abstracto, sino espontáneo, renovado por intuiciones insospechadas; es la expresión de una filosofía viva, experimentada con valentía y sinceridad. Esta impresión general resulta de la exposición clara, ordenada, que hizo Mauricio Boucher, sin quitar a las ideas de Keyserling su flexibilidad, su color propio y su profunda significación. Es un libro de iniciación, tal como desearíamos también para las obras de otros pensadores originales, ignorados o falsamente interpretados en la confusión intelectual y moral de nuestros días.

Nosotros queremos insistir aquí acerca de la «Escuela de Sabiduría» fundada por Keyserling en Darmstadt. Ya no existe allí, y no sabemos si los discípulos de este solitario aplican su enseñanza en otros lugares de la «nueva Alemania». Durante el régimen nazi, la escuela ha sido convertida en un cuartel para la juventud hitlerista o, quizá, en un colegio político-militar donde se fabricaban «jefes» de puño fuerte, conductores que ««sacan el revólver cuando oyen la palabra cultura». Pero el ejemplo permanece. Como el pájaro Fénix, el espíritu renace de la ceniza de los estragos materiales.

Esta «Escuela de Sabiduría»—sea que exista todavía, o no—puede ser considerada como una manifestación del espíritu activo, surgida de los mismos mandatos de conciencia que determinaron, 1914-19 la lucha de Romain Rolland en Suiza. Como el autor de «Los Precursores», Kseyserling alzó por encima de la «razón» asesina las fuerzas inagotables del alma. Los dos han visto cómo la cultura europea, que debía ser una síntesis de las civilizaciones heredadas de todos los continentes, se desmoronaba bajo las cargas del maquinismo ciego y del imperialismo político-económico. Ambos clamaron que la salvación puede cumplirse sólo por la regeneración individual, por la creación de esa «élite» intelectual de la cual surgen verdaderos conductores de los pueblos. No dirigentes políticos, sino guías que sepan armonizar las exigencias social-económicas con las aspiraciones morales y estéticas.

Igual que Romain Rolland que no tenía un «sistema» éticosocial (en aquellos años él no se expresó abiertamente por cierto partido político y su régimen operante en U.R.S.S.) Keyserling no tiene un sistema filosófico propio, ni un plan de «organización del mundo». Sin embargo, esta organización del mundo es la meta final de toda acción espiritual. Los elementos materiales de la civilización deben ser subordinados a los ideales culturales. Como todos los que reconocen sinceramente la libertad de conciencia, y asimismo la diversidad natural de las almas e inteligencias humanas, Keyserling, pensador activo, no podía ser un forjador de dogmas. No trazó los marcos fijos de una organización del mundo, por estar convencido de que dicha organización está determinada por necesidades permanentes (pero también por las que se manifiestan en ciertos momentos de la evolución), por leyes fatales (pero también por las nuevas «leyes» de la creación lúcida, voluntaria). El papel del espíritu es el de reconocer el postulado de la unidad universal, de evitar los errores y las opresiones que suprimen la libertad humana, de combatir todas las supersticiones, las ficciones y pasiones mórbidas que llevan hacia la destrucción colectiva.

Los «realistas» prácticos, astutos, en acecho como bestias de rapiña, se ríen, sin duda alguna, de la ingenuidad y la impotencia de los profetas modernos que no ostentan en la mano derecha el sable del patriota y en la izquierda la bolsa de oro del banquero. Sin embargo, llegó el tiempo en que el industrial y el estadista deben convencerse de esa realeza sin esceptro de la Sabiduría. Los pueblos ya no pueden ser dirigidos, como otrora, sólo por la fuerza armada: ésta impulsa hacia los precipicios del odio, de la esclavitud, de la miseria y de la muerte. El mundo está regido también por realidades imponderables, las cuales los vencidos y vencedores descubren recién cuando gimen igualmente bajo las ruinas amontonadas por su ignorancia y su orgullo.

En estas realidades espirituales quiso iniciarnos Keyserling, en su Escuela. Confiaba en el ejemplo vivo, personal, más que en la lenta persuasión de los libros. En el estudio ya citado, de Boucher, esta Escuela es descrita como el primer instituto en donde se dictaba «una enseñanza sin contenido». Por su constitución, por sus manifestaciones, esta Escuela podría recordar los jardines de Akademos. Pero no para una sutil y vana dialéctica, para holgura metafísica. Los filósofos de la antigüedad, igual que muchos filósofos modernos, tenían un mundo propio, en cierto modo aislado de la vida vulgar, colectiva, sin influencia directa sobre la sociedad. La filosofía de Keyserling es dinámica. Una filosofía de la vida, pero no «pragmática» o utilitarista; se realiza mediante acciones cotidianas, en constante solidaridad con la humanidad y el cosmos. Esta es la meta de la filosofía de Keyserling. Más exactamente: éste es el **método** filosófico, la actitud intelectual y ética de Keyserling, que evitaba con tanto cuidado los dogmas y nunca «sistematizó» sus ideas. Admitía en su Escuela todas las doctrinas, todos los conceptos y creencias. Los oyentes participaban en las disertaciones para «fortalecer su alma y aumentar la **calidad** de su pensamiento», sin relación alguna con su profesión o su posición social. «La filosofía no es una ciencia, sino cierto nivel del ser... Quien viene a esta Escuela busca la orientación espiritual y la intensidad del pensaminto». No tan sólo conocimientos técnicos o científicos acerca del mundo, sino penetración en el interior del mundo. Así, pues, no la discusión abstracta, la casuística, sino la introspección. Penetrar en sí mismo, para llegar a la comunión con el mundo. La Escuela de Sabiduría desarrolla en los alumnos una nueva síntesis del alma y la inteligencia, determinando «una metamorfosis del ser de conformidad con los impulsos que surgen de las profundidades». No se dictan clases. La enseñanza, en forma de conversaciones individuales, es una iniciación recíproca, desde el alumno al profesor, desde el profesor al alumno. Aun las conversaciones no tienen otro fin que el de procurar al silencio nuevos alimentos. Una vez por año, en otoño, los más destacados pronuncian conferencias (mejor dicho: charlas) para señalar las etapas recorridas y esbozar «una especie de desenvolvimiento sinfónico de los temas tratados y profundizados en el espíritu de la comunidad».

Esta comunidad de introspectivos, de pensadores silenciosos podría ofrecer un «argumento» a los autores de comedias, que se burlan de todo y todas. ¡Una escuela donde se calla, donde los alumnos se pasean, sumergidos en ellos mismos! Dígase más bien una especie de manicomio selecto, donde los atormentados por el pensamiento, que los corre como un cáncer, se dan cita para encontrarse en el mundo de las utopías... Dejemos a los humoristas sus juegos de palabra. Esta Escuela de Sabiduría podría considerarse, no obstante, como un monasterio laico de las altas inteligencias: un lugar de purificación de las almas y de esclarecimiento de las conciencias, y de donde los sabios, los «magos», regresan a las relidades sociales para trabajar en calidad de libres guías de las multitudes que fructifican el planeta con sus empeños de todos los días.

La Escuela de Darmstadt era, pues, una fuente de energía, lo que es otra cosa que la violencia, la fuerza brutal. Ayudando a los alumnos a comprender el mundo y sus cosas, y a comprenderse a sí mismos, ellos llegan a ser a su vez fuentes de poderes espirituales. Y cuando vuelven a sus tareas habituales, ellos son más aptos, más preparados para la **vida activa,** puesto que su sabiduría no significa «alejamiento o desprecio para con la existencia; no es orgullo ni ascetismo; sino, al contrario, incesante dominio del **devenir** y formación, elaboración del mismo, mediante el poder del pensamiento» (p. 251, op. cit.)

Las consecuencias prácticas de esta disciplina espiritual, de esta profunda comunión con el mundo, tienen una importancia esencial. En lugar del científico, cuya mentalidad es con frecuencia venal o indiferente a las aplicaciones negativas de sus descubrimientos (por ejemplo, en la guerra); en lugar del filósofo, dispuesto a justificar con sus teorías las «atalidades» opresivas de la política «realista» y del Estado, esta Escuela tiende a renovar, mediante la ciencia y la intuición espiritual, el tipo, en cierto modo fascinante, del mago. Keyserling lo ha modernizado. El mago ya no es un místico o un hechicero. Es un hombre de acción, firme y clarividente. «El mago sabe actuar directamente sobre la vida; por su influencia personal hace surgir nuevos significados, transforma la faz de la conciencia; y como lo hizo Jesús, puede cambiar el eje de todos los pensamientos».

Así, la modificación de la **mentalidad** (idea que se halla en la base de la doctrina humanitarista también) puede determinar la transformación de las infaustas realidades social-económicas y políticas. La filosofía de Keyserling confirma, indirectamente, la actitud apolítica y aun antipolítica del humanitarismo, cuya consecuencia inmediata es la de eliminar el fetichismo para todas las formas que representan el poder del Estado. La desintoxicación del culto a la violencia y al absolutismo (finalidad por la que se empeñan los humanitaristas en su acción individualista, sin ignorar por eso lo que ellos denominan «organismo de la humanidad») es, en el fondo, uno de los postulados de la sabiduría puesta al servicio de la libertad.

Kayserling quiso aunar la sabiduría a la economía. Que el sabio no fuese un «cobarde retirado del mundo, sino un hombre de acción». Que fuese un realizador de los mandatos de la conciencia. «¡Ya pasó el tiempo de la política! Los nuevos Césares no serán hombres políticos. Las fuerzas que emplearán de hoy en adelante los guías de los pueblos no pueden ser basadas, como en la antigüedad, sobre el **miedo** religioso, sobre supersticiones o ejércitos de mercenarios. Las nuevas fuerzas son desnaturaleza económica; y es por eso que «la importancia del Estado disminuye incesantemente» ante la creciente autoridad de la industria y del comercio. Pues la comunidad moderna está fundamentada en «intereses y cambio»; la interdependencia llegó a ser planetaria en los dominios económicos y técnicos, igual que en los de la ciencia y del arte. Pero la economía ya no puede ser subordinada a la política, que impulsa a la guerra, como la de 1914-18 (verdad confirmada de una manera más horrorosa por los estragos de la guerra de 1939-1945). El Estado se «socializa» continuamente y, de este modo rebaja su autoridad política. (Aquí, debemos rectificar la afirmación de Keyserling: «El Estado acrecentó sus poderes, por su centralización y nacionalización burocrática, policíaca y militar, hasta lo que se llama en todas partes totalitarismo y que es diferenciado sólo por su color nacional o político»). El Estado, escribe Boucher, se convierte «en un organismo regulador, en un mecanismo cada vez más complicado y que se mueve solamente sobre el plano de la cantidad. La idea llamada socialista y la idea del Estado pueden intercambiarse (¿por interferencia? e. r.) El socialismo es necesario y legítimo; por la elevación del nivel de las masas, se acrecenta el patrimonio común y la dignidad humana» (p. 255, op.cit.)

Por esta limitación del Estado al papel de contralor y árbitro, según Keyserling, el Espíritu puede libertarse de las influencias políticas y manifestarse como animador eficiente de toda la vida económica y cultural. En esta liberación del espíritu de la dominación «legal», es decir de la fuerza armada; en esta subordinación del Estado al organismo supremo de la humanidad, reside la salvación de Europa de la decadencia anunciada por un filósofo oportunista como Spengler, pero también por un poeta visionario como Tagore.

La era espiritual que anhelamos establecer sobre esta tierra está lejana. Es anticipada, empero, por personalidades aisladas, algunas brillantes, de real prestigio profético, y otras oscuras, pero ejerciendo una influencia positiva en la acción cotidiana. El materialismo, que llegó a la última fase de su gigantanasia en el Oeste europeo y sobre todo en América del Norte, empieza a ser refrenado por la negativa de cooperación, por la resistencia del espiritualismo individual y aun colectivo, laico o religioso (como lo demostró Gandhi en sus campañas por la independencia de su país). Entre América y Asia, Europa está arruinada, sangrando todavía bajo los terrores y las crueldades convertidas en «principios de educación» por sus regímenes totalitarios. Los dogmas de la política brutal y la primacía del maquinismo han echado por tierra a sus propios fautores, agobiado y esclavizado los pueblos que aun tienen la propensión de llamarse culturales, olvidando que la vida humana es, en el fondo, unitaria, solidaria en todas sus manifestaciones con las realidades naturales y asimismo con las leyes morales. Porque la fuerza que no es iluminada y encaminada por la conciencia creadora, se precipita como un torrente devastador, por muchos que sean los diques artificiales que los amos temporarios poseídos por el delirio del poder y de la grandeza, se afanan en levantar en su país contra otros países y continentes.

Hoy día, la preponderancia del Espíritu es proclamada por unos pocos elegidos. Esta verdad no es un «descubrimiento». Es un lúcido y voluntarioso reconocimiento de la misma verdad presagiada, **vivida** en otros siglos por Buda, Moisés, Jesús, por sabios como Sócrates y Spinoza. Los fundadores de religiones habían aparecido en tiempos de decadencia, cuando la materia dominaba absolutamente, cuando el tirano usurpador mandaba por «gracia divina», manteniendo la «persona humana» en ignorancia y esclavitud. Hoy se levantan, como sus precursores, los luchadores que no tienen otra arma que la palabra de la Sabiduría. Son los profetas de levita, los magos que saben calcular y ver a través del microscopio y del telescopio, los apóstoles que miran abiertamente a los dictadores y no tiemblan por miedo.

Armonía entre materia y espíritu, entre las leyes de la naturaleza y las de conciencia moral; equilibrio entre las tendencias de libre desenvolvimiento de la individualidad y los intereses humanos en general; reconocimiento de los imperativos económicos, pero también de las exigencias del alma; sustituir la fuerza brutal del Estado por las energías constructivas de una sociedad realmente civilizada; encauzar el egoísmo, vinculado a la idea de la propiedad absoluta, hacia el altruísmo que no es una renuncia, sino enriquecimiento mediante la conciencia de la solidaridad universal. He ahí los grandes problemas vitales, viejos como la humanidad misma, que se plantean a toda inteligencia que no ha abandonado el derecho de pensar libremente. Algunos lograron convertir estos «problemas» en acciones personales, realizándolos en su propio ser y en su obra: ejemplos vivos que persisten entre las ruinas y los cementerios. La voz de la Sabiduría vence los siglos, en las borrascas suscitadas por la ignorancia y el miedo de los millones de pigmeos, y desencadenadas por el orgullo demente de los falsos jefes y conductores, de los gobernantes embriagados por el vino fuerte de la gloria embustera y perecedera.

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

LA LIBERTAD ESTA DE LUTO

EN pocos días de intervalo, el mundo del pensamiento ha visto desaparecer dos de sus mejores hombres:

Juan Ramón Jiménez y Gérard de Lacaze-Duthiers.

Con ellos se han extinguido dos faros, dos cerebros privilegiados y honrados. Distintos, pero más iguales de lo que se piensa, en altura y entereza humanas, como en profundidad de pensamiento.

Juan Ramón Jiménez, educado entre los jesuítas, los abandonó para dedicarse a las letras y a la libertad. Yo no sé que haya escrito nada afeando y criticando a los hijos de Ignacio de Loyola; es que Ramón Jiménez era demasiado respetuoso y sensible; prefería dedicarse a ensalzar la belleza, a embellecer toda la existencia. Y cuando de paso caricaturizaba a lo que de animal ha tenido algún hombre, lo hacía con vinagre, jamás con hiel.

Gérard de Lacaze ha sido más duro, más batallador, más definido. También tenía más derecho. Venía de familia noble y eso le pesaba. Había de lavarse la conducta social de su genealogía. No sé si alguna vez lo ha dicho, pero por lo que de él conozco, no será atrevido decir, que más de una lo ha pensado.

Juan Ramón Jiménez nació el 24 de diciembre de 1881 en el sur de España, en Moguer (Huelva), un pueblo...

«blanco por dentro, moreno por fuera, igual que un pan de trigo, ¿verdad, Platero?»

De Lacaze, tataranieto del barón de La Caze du Thiers (verdadera ortografía de su nombre), nació en Burdeos, el 26 de enero de 1876.

A sus abuelos pertenecieron las señorías de Castelsagrat, Thiers, Peyrusas, Sainte Colombe y Noaillac, la baronía de Castella y el castillo de Lacaze (Tarn). Y Gérard abandonó lo que pudo ser tradición política de su árbol, para darse en cuerpo y alma a la causa de los oprimidos, de la Libertad, de la Anarquía.

Ambos grandes hombres, hoy difuntos, tanto a través de su obra como de la de su conducta, han librado combate contra la Fealdad, inspirándose en la naturaleza y escudriñando en el alma humana, entregándose enteramente a una causa Justa, Fraterna, Libre, al servicio siempre de lo Bello, de lo Bueno, de lo Grande.

Gérard de Lacaze, sale de su familia para ir a «La Découverte de la Vie», después de haber creado una «Estética Libertaria» y concebir tres años más tarde (1909) «L'Artistocratie», que es su obra de mayor enjundia. Abrazó definitivamente la causa de la Anarquía y por ella y para ella vivió. Es un gladiador contra el monstruo Estado y todo el edificio social conocido. Sus libros, es un requisitorio general contra la sociedad actual. Como crítico, como filósofo, como esteta, ha dejado libros de primer orden y de valor universal.

Juan Ramón Jiménez, el premio Nobel, el exilado, el que, a pesar de las melosas invitaciones y de lo mucho que quería a España...

---

*

Al fin del mes de abril de 1946, un telegrama de Londres anunció la muerte de Herman von Keyserlng, precisando entre algunos datos biográficos, que su fallecimiento se debió también a la subalimentación durante la guerra. No he leído en la gran prensa ningún comentario necrológico, por lo menos una exposición acerca de la obra de un pensador alemán que tuvo sus años de celebridad en el mundo cultural de Occidente. En el cataclismo que derrumbó el desafiante edificio del imperialismo nazifascista, pocos representantes de la verdadera cultura alemana—salvo algunos emigrantes y prófugos—lograron mantenerse en la superficie.

Pese a su actitud orgullosa, distante, que parecía exigir la admiración universal—tal como lo ví en Bucarest hace veinte años, cuando pronunci ó algunas conferencias—; pese a las paradojas de su pensar atrevido y sutil, Keyserling no puede ser rebajado al rebaño de los profesores y eruditos que se pusieron al servicio de la tiranía hitlerista. Era demasiado perspicaz para no ver más allá de las apariencias agresivas de un régimen que, durante doce años, hizo imposible en Alemania todo pensamiento libre.

Qué opinión tenía Keyserling de este régimen que, arruinando su propio país, extendió en el mundo la maldición del terror, de la matanza y de la deshumanización, resulta de sus declaraciones a algunos periodistas en vísperas de su muerte:

«El nacionalismo de Hitler ha sido derrotado. Llegó el tiempo de que Alemania aprenda a pensar de un modo internacional».

En cuanto al porvenir de su país, este visionario precisó terminantemente: «No existe porvenir para Alemania». Pero confiaba que «un gran porvenir espera a los alemanes **como individuos».** Probablemente en la medida en que ellos sean capaces de superar su «germanismo» e incorporarse a las realidades comunes de los demás pueblos. En este sentido, Keyserling no vaciló en pronunciar estas palabras realmente testamentarias:

«Lo importante no es constituir una nación. Sólo cuenta la humanidad».

Declaración esa, que no es de un moribundo que dice la verdad en su última hora, sino un mandamiento universal, valedero para un sabio que puede ver más allá del presente, en las lejanías de los siglos venideros, y también para el hombre común, animado por su hombría de bien y que sólo obedece al pacífico instinto de la mutua ayuda ancestral.

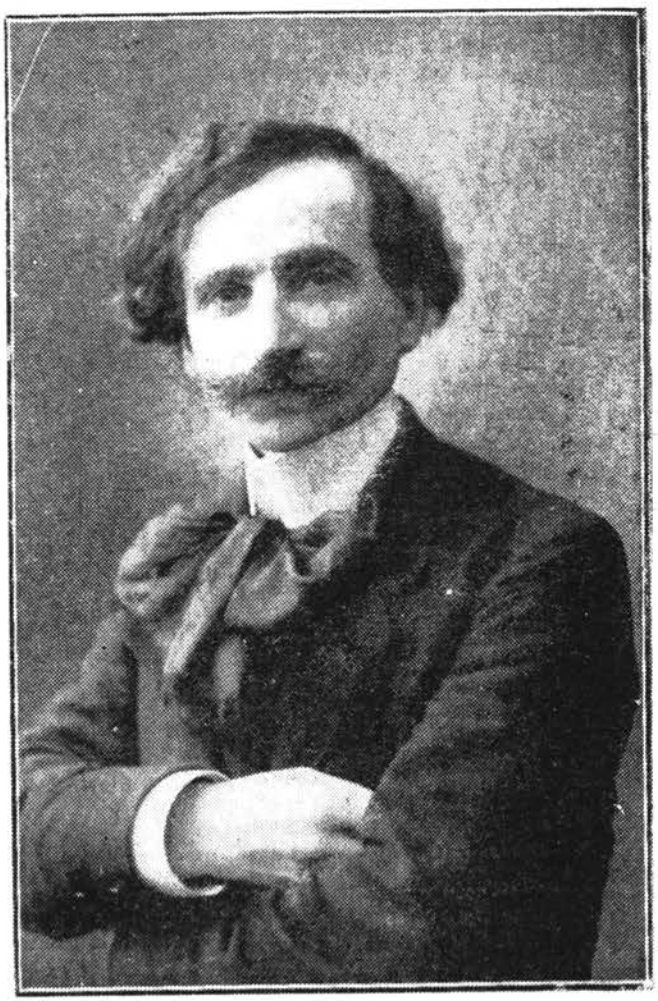
Eugen RELGIS

«Espérate Platero... o pace en este prado tierno, si lo prefieres. Pero déjame ver a mí este remanso bello que no veo hace muchos años...»

... ha muerto sin verla, allá en Puerto Rico, por no ver al fascismo y la miseria de la tierra española.

Para nosotros, el autor de «Platero y yo» encerraba dos valores fundamentales: poético y humanista el uno; de resistencia al mal, es decir al fascismo, o sea, al Estado, el otro.

En él se ha perdido una gloria de las letras españolas, un exquisito estilista del idioma y de la expresión. Como antifascistas, un amigo de relieve y crédito mundiales, y como libertarios, ¿qué es lo que se nos ha ido?



Gérard de Lacaze-Duthiers

Con Gérard deLacaze-Duthiers la humanidad ha perdido un hombre que ha abierto horizontes hacia un más allá, en favor de la liberación del individuo. El mejor discípulo de Han Ryner. Una fuente de ideas que hasta el último instante daba nuevas y bellas, sabias, en progreso constante hacia el cénit de la estética de la vida. Un protestario, un insumiso, un rebelde. Un escritor de acción, uno que su índice no ha cesado de señalar, para destruirla, la literatura mercenaria.

Hay un gran paralelismo entre los dos hombres. Ambos son poetas, aunque lo hacen en prosa. Componen todos sus textos según métodos netamente poéticos. «L'Artistocratie», como «Platero y yo» son complementos recíprocos de una especie de canto a la belleza, de Himno Supremo.

Con Ramón Jiménez, España y la humanidad han perdido el gran corazón que trasluce en las siguientes líneas escogidas de «Platero y yo», recipiente donde hace tiempos puso ya su alma al desnudo. Alma de purísima delicadeza:

«Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no tiene huesos...

»Lo llamo... y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe... tierno y mimoso igual que un niño...

»Tus ojos, tus ojazos, que tú no ves, Platero, y que lanzas mansamente al cielo, son dos bellas rosas...

»Platero, avergonzado de verse así, viene a mi lento, mojado aún de su baño, tan limpio...

»Se lo digo y en un súbito entusiasmo fraternal, le cojo la cabeza, se la revuelvo en cariñoso apretón, le hago cosquillas...

»Yo trato a Platero cual si fuese un niño... Lo beso, lo engaño, le hago rabiar... El comprende que lo quiero, y no me guarda rencor. Es tan igual a mí, tan diferente a los demás... Hasta huye de los burros y de los hombres...»

Así describe a su borriquillo «Platero», que ya ha pasado a la historia, no como Rocinante, que lo es por su jinete, sino por la preciosa imagen, la armonía de colores, con la que «Platero» se presenta, como jamás animal ni hombre pudo serlo.

Quien es capaz de hablar con tanta dulzura de un animalito, ¿cómo no va a ser posible compararlo al que ha sabido escribir y concebir «Un art à la Vie»?

Socialmente, Jiménez también ha dejado preciosas imágenes .El que ha encontrado para su borrico palabras sublimes, de un consumero, del cual penden las tetas del Estado, de todo Estado, escribe:

«De pronto, un hombre oscuro, con una gorra y un pincho, roja un instante la cara fea por la luz del cigarro, baja a nosotros de una casucha miserable, perdido entre sacas de carbón..

»El hombre quiere clavar su pincho de hierro en el seroncillo, y yo lo evito...»

Al lado pinta la miseria y lo hace tras la blanca imagen de los niños de su pueblo:

«... como sus madres, ellas sabrán cómo, les han dado algo de comer, se creen unos príncipes...

»... Los panaderos llegan trotando en sus caballos... Tocan palmas y gritan ¡El panaderooo!... y los niños pobres llaman y lloran largamente: ¡Un poquito de paaan!...

Y J. Ramón Jiménez remarca perfectamente que son «los niños pobres».

Cuando se refiere a la religión y los religiosos, aun sin apartarse de su estilo y dicción suaves y nobles, pinta a esa reminiscencia de la edad inquisitorial con severidad y justeza:

• •

«Platero, si vinieras, aprenderías el a. b. c. y escribirías palotes. Sabrías... más que el médico y el cura de Palos, Platero.»

En otra ocasión y yendo en crescendo y en agudeza escribe:

«Al fin, mansamente, tirado por dos grandes bueyes píos, que parecían dos obispos con sus frontales de colorines y espejos...»

En cuanto a Dios, el de los católicos, aunque no lo alude mucho, dice lo siguiente que se basta de sabroso:

«¡Benditos pájaros, sin fiesta fija! con la libre monotonía de lo nativo, de lo verdadero...
...Sin más moral que la suya, ni más dios que lo azul, son mis hermanos, mis dulces hermanos.»

Juan Ramón Jiménez

Refiriéndose a los creyentes:

«Y cuando las gentes, ¡pobres gentes! se van a misa los domingos, cerrando las puertas, ellos, (los pajaritos) se vienen al jardín de las casas cerradas, en las que algún poeta, que ya conocen bien, y algún burrillo tierno—¿te juntas conmigo?—los contemplan fraternales.»

Para un hombre, que no ha usado en su vida otra arma más que la de su gracia poética pulida con la sensibilidad de su corazón y refrendada con su actitud consecuente, mayor profesión de fe arreligiosa no había que esperar.

«Creo que lo viste (al cura) un día, Platero, en su huerta, calzones de marinero, tirando palabrotas y guijarros a los niños. Mil veces he mirado los viernes, al pobre Baltasar, su casero..., arrastrándose... para rezar con los pobres por los hijos de los ricos...»
«Nunca oí hablar más mal a un hombre ni remover con sus juramentos más alto el cielo. Es verdad que él sabe, sin duda, o al menos así lo dice en su misa de las cinco...»

Por suavidad que ponga en sus críticas, queda probado que lo más duro de su léxico está reservado contra el consumero, contra lo religioso y contra los adinerados. No deja de hacerlo nunca con una grandeza de alma digna de admiración, pero no deja de reprochar lo que de nefasto tiene la humanidad.

Podía haber elegido personajes de la religión o del mundo oficial para hacer alabanzas. No lo hace, guarda todas ellas para la naturleza, la infancia y su borrico. Hace loas al agua antes de darla a beber a Platero, y lo hace con tanta armonía y sinceridad, lo mismo hacia el uno que hacia el otro, que da la sensación como si, bebiendo el burrillo, se le marchase la sed a él.

Todo su ser es humanidad. Para él el hombre no tiene asignada ninguna misión especial que lo desgaje, privilegiadamente de la Creación, cuya más mínima expresión es merecedora de respeto.

A menudo se confunde con ésta misma, ora mediante Platero y a través de él, ora con un árbol al que le debe la sombra.

Un corazón y un cerebro como el de J. R. Jiménez no podía estar en España, por mucho que la quisiera. Hubiera estallado a las 24 horas.

Vió a unos niños, llenos de miseria, «que aun podían cantar» y les dijo:

«Sí, sí, ¡cantad, soñad, niños pobres! Pronto... —Vamos, Platero...»

Eso es lo que debió de decir el año 1936, cuando salió de Moguer para no estar con el fascismo: «Vamos, Platero...»
Y se fué.

Pero su obra queda, y con su obra él, y perdurará durante siglos para gloria del pensamiento humano, de las letras españolas, del antifascismo, y de todos los hombres que, por lo menos, tengan el alma de «Platero».

Tanto Jiménez como de Lacaze son nuestros, y desde CENIT, los libertarios españoles, identificándose con su obra, prometen guardarles un puesto privilegiado en el bagaje intelectual y social de su verbo y de su acción.

J. ALAUDO

LA EDUCACION MORAL

UANDO insistimos en pedir mentalmente lo que en justicia nos pertenece en el orden moral y con profunda fe esperamos recibirlo, seguramente lo recibimos. Mas para esto es preciso que sometamos nuestra voluntad a la ley moral y al movimiento del conjunto humano.

Si la palabra es recta expresión del pensamiento, al repetir una y otra vez la frase que lo encierre intensificaremos su influencia. De esta forma, el pensamiento estará engendrado por el anhelo de corregir una falta, extirpar un vicio, obtener una virtud, conseguir el éxito, prestar un servicio, tranquilizar la conciencia y fortalecer el ánimo.

Sin embargo, no es absolutamente indispensable formular con palabras nuestra demanda, pues también podemos expresarla mediante el silencioso deseo, la vehemente aspiración a ser algo y servir de algo en beneficio de la dicha y de la felicidad humana. Es una irrisión impetrar una cosa y no esforzarse en levantar el nivel moral hasta obtenerla. Querer obtener lo que deseamos, y no poner de nuestra parte los medios necesarios para lograrlo, es mendigar pordioseramente. En respuesta a nuestros anhelos y esfuerzos recibimos lo que somos capaces de extraer de cuanto nos rodea. Que nadie se figure que desaparecerá el obstáculo o satisfará su aspiración sin levantar siquiera un dedo. Entonces no tendrá respuesta nuestra demanda, porque cuando falta la fe y la convicción toda demanda es inútil, pues la fe y la convicción sin obras son virtud estéril.

Precisamente dentro de nosotros está la respuesta a nuestros anhelos. Y la obtendremos, cuando comprendamos que todo en la vida tiene su exacto y legítimo precio. No es difícil realizar los anhelos con tal de que se esté dispuesto a satisfacer su equitativo precio, poniéndose en absoluta armonía con lo que se anhela hasta atraerlo. La respuesta a los anhelos llega tan sólo a las mentes receptivas que se hallan en la positiva condición de realizar la demanda.

Al pedir hemos de afirmar, pero hay que creer en aquello que se afirma, pues de lo contrario la afirmación quedará en vana palabrería. Las víctimas de la timidez y del propio menosprecio, que van por el mundo como si hubieran usurpado el puesto que corresponde a otro; que retroceden ante la responsabilidad de hacer algo en pro del bien común, que piensan, que con esforzada perseverancia lograrán llegar a la meta. La sombra espectral del menosprecio en que se hayan tenido se desvanecerá en cuanto se resuelvan a volver el rostro hacia el conjunto humano martirizado y escarnecido por los sicarios de la reacción.

Si se sienten faltos de iniciativa e incapaces de acometer empresa alguna, porque de antemano se suponen vencidos, que inviertan en la contraria esta siniestra disposición de ánimo y que se afirmen en la creencia de que son capaces de hacer las cosas tan acabadamente como quepa hacerlas. Que rechacen todo pensamiento de inferioridad y flaqueza. Que actualicen por un soberano esfuerzo las potencias latentes en lo íntimo de su ser, y verán cómo cambian, radicalmente de conducta y acrecienta enormement su capacidad.

No tan sólo deben afirmar su potencia de llegar a ser lo que anhelan ser, sino también substituir la mezquina representación de su inferioridad por el ideal de superioridad que les dé plena confianza en el feliz resultado de la obra que emprendan.

La timidez, la falta de confianza en sí mismo, el recelo de un desaire, la sospecha de una negativa, el temor de fracasar, retrajeron a muchos del camino por donde otros menos despejados, pero más resueltos, lograron abrirse paso en la vida. Quien de antemano se declare vencido no tendrá valor de entrar en batalla; quién esté obsesionado por la idea de su insuficiencia no intentará siquiera aspirar a mejor suerte. Hay muchos jóvenes de valía, que de nada les sirve por no atreverse a aventurarse en el intento. Cada vez que decimos «no puedo» y pronunciamos la palabra «imposible» debilitamos más y más la propia confianza. Por el contrario, cada vez que repetimos la trilogía: «puedo, debo y quiero», afirmamos nuestra voluntad, y en cuanto comenzamos la obra que antes recelábamos de emprender, se desvanacen la mitad de las dificultades.

Pero la obra capital y primaria del hombre ha de ser el dominio de sí mismo, pues quien no es dueño de su persona en mal hora podrá adueñarse de nada extraño a él. Los temperamentos irascibles, los ánimos propensos a la cólera, que ante la menor contradicción o tropiezo se descomponen y encienden en ira están destinados al fracaso de sus empresas, al detrimento de su salud y aun a la repentina pérdida de la vida de que puede privarles un arrebato de furor. Los manicomios y cementerios están llenos de víctimas de la pasión colérica, que tiene mucha analogía con la locura. Si el hombre irascible, que frenéticamente se exalta por minucias, pudiera verse en su colérica actitud, depuesto del sentido de la razón por su pasional insania, seguramente que tendría horror de sí mismo y se reportaría en lo sucesivo para no volver a dar tan repugnante espectáculo. La serenidad de ánimo, el equilibrio mental, la represión de la cólera, por grave que sea el insulto o la ofensa recibidos, es una de las más concluyentes pruebas de la valía del carácter y el mejor signo de que un hombre es capaz de dominar cuanto en sus manos caiga, porque sabe dominarse a sí mismo. Es el triunfo de la energía sobre la flaqueza, de la magnanimidad sobre la villanía. El hábito del vencimiento propio es la verdadera actitud victoriosa que robustece todas las cualidades de nuestro ser en el grado necesario para aplicarlas a los objetos del mundo exterior.

Si la cólera y sus compañeras de vicio nos inutilizan para toda afortunada empresa por el repentino desgaste de la energía consumida en el arrebato colérico, la indecisión es otro impedimento del éxito porque en sus vacilaciones, dudas y titubeos va consumiendo a fuego lento las fuerzas con que pudiéramos acometer la empresa. Cabe comparar la cólera

al fuego llameante que abrasa cuanto toca, y la indecisión a las chispas arrancadas por las ruedas cuyo roce contra el suelo malgasta la energía que debiera vencer la inercia del vehículo. Contra la indecisión no hay otro remedio que el dominio del pensamiento, para enfocarlo en el examen del pro y el contra de las diversas líneas de conducta que se abren ante nuestros pasos en los trances críticos de la vida. Quien sea dueño de su pensamiento verá, a la relampagueante luz de la intuición, cuál es el camino que debe seguir; pero quien no esté acostumbrado a mirar veinte pasos al frente en la senda de sus acciones, quedará vacilante y perplejo frente a las encrucijadas del destino.

Si en nuestro carácter notamos sedimentos de cobardía, podemos invertir esta nociva emoción en su contraria el valor, sin más que afirmar el ideal de valentía, considerando que nada malo puede sucedernos con tal que en todo procedamos con justicia. Si sufrimos la enfermedad moral de la pobreza y somos pobres de recursos porque lo somos de pensamiento y convicciones; si hasta ahora nos hemos visto empujados hacia el extremo de la pobreza viremos en redondo y pongamos en la actuación la ley de abundancia esperando prosperidad y éxito en vez de temer la pobreza y el fracaso. Todo cuanto necesitamos para la completa felicidad del conjunto humano existe: Esforcémonos en obtenerlo y nuestro será.

Si hemos cometido una de aquellas faltas que desconceptúan al hombre; si estamos morbosamente entediados por algún contratiempo y con el tedio agravamos y ennegrecemos aún más nuestra pena, desechemos tan amargo pensamiento diciendo: «No quiero que me domines. No quiero que conturbes mi ánimo y estropees mi vida. No eres inherente a la naturaleza de mi alma y por lo tanto no puedes dañarla. Yo puedo, debo y quiero sobreponerme a toda tribulación enmendando desde hoy mismo mi conducta y poniendo en olvido mis errores y equivocaciones. Desde ahora en adelante obraré de conformidad con mi mismo, con mi modificado y purificado pensamiento. No me vencerá la tentación. Seré el vencedor si me mantengo en actitud victoriosa».

Si estamos dominados por algún vicio feo, por algún hábito denigrante o vergonzoso que haya desmerecido nuestras esperanzas, entibiado nuestro entusiasmo y ensombrecido nuestra vida, digamos firmemente: «Resuelvo de una vez y para siempre extirpar este vicio, desprenderme de este hábito. Quiero ser libre, no esclavo».

Si acaso el vicio fuese de libertinaje e impureza, digamos con enérgica afirmación: «Yo no nací para que me dominara tan monstruoso vicio. No debo arrastrar por el cieno mi dignidad y mi prestigio. Bastante he sufrido por este condenado vicio que mina mi salud, mengua las probabilidades de éxito, debilita mi mente y me degrada al nivel de las bestias. Soy un ser venido al mundo para contribuir al bienestar y adelanto de la humanidad por medio de buenas acciones. Quiero obrar bien. Quiero emanciparme de tan vergonzoso hábito y recobrar mi dignidad y mi decoro a toda costa. Quiero ser persona y no cosa».

Dicho esto y repetido cuantas veces nos asalte un pensamiento malsano, ayudemos a desecharlo por medio de sus opuestos los pensamientos sanos que neutralicen los deseos sensuales. Invoquemos enérgicamente las fuerzas de nuestra superior naturaleza para que muevan todas nuestras acciones y digamos: «He de mirar hacia la cima y no hacia el abismo. He de trepar a la cumbre de lo bello, de lo noble, de lo generoso y altruísta, y no hundirme en el cenagoso pantano de la incomprensión malsana y podrida».

Por muy bajo y abyecto que caiga el hombre, siempre está en posibilidad de rehabilitarse. Hay algo incorruptible, incontaminable en el ser humano; y en este algo que es de naturaleza humana se funda la esperanza que ha de redimir al sér, y que ha de terminar también con todas las injusticias, con todas las miserias humanas; ese algo es la sociedad futura, la sociedad preconizada por nosotros, por los «anarquistas», por los hombres que constantemente luchamos para que todo el conjunto humano goce de las delicias que ofrece la fraternidad universal, y la solidaridad moral humana.

PEREZ GUZMAN

NUESTRO PROXIMO FOLLETON

Terminada la publicación del hermoso trabajo de Ricardo Mella, «El problema de la enseñanza», completado con el texto de una conferencia pronunciada por José Prat en 1904 en el Ateneo Federal de Villanueva y Geltrú, titulada «Nuestra ignorancia», iniciaremos en el próximo número la publicación de un folleto agotado desde hace muchos años: «La Religión y la cuestión social», de Juan Montseny.

Se trata de una crítica a fondo del problema religioso, de sorprendente actualidad, a pesar de los años transcurridos, en unos momentos en que la Iglesia tiende a afirmar su papel social en el movimiento obrero. Recomendamos su lectura a los compañeros, adelantando que de éste, como de todos los demás trabajos insertos en los folletones de CENIT, se hará una tirada aparte, destinada a la propaganda.

rrenos y más en el de la enseñanza, la anarquía no debe ser materia de imposición.

Dos palabras aún para terminar esta serie de artículos.

Ptolomeo Philadelpho, rey de Egipto, pidió a su maestro, el geómetra Euclides, que hiciese en su favor algo por allanar las dificultades de la demostración científica, en verdad bastante complicada en aquellos tiempos. Y Euclides le respondió: «Señor: no hay en la Geometría senderos especiales para los reyes.»

Compañeros: en la Ciencia no hay senderos especiales para los anarquistas.

LA RAZON NO BASTA

No me convence el racionalismo, cualquiera que sea su significado. Me parece que tras esa palabra se esconde siempre algo de metafísica, de teología. Por el solo esfuerzo de la razón se construyen muy grandes cosas especulativas, pero casi ninguna sólida y firme. Y, sin embargo, muchos se pagan extraordinariamente de las resonantes palabras racional, razón, etc.

En general, ponemos escasa atención en el examen y análisis de nuestras palabras y de nuestros argumentos; olvidamos que lo que uno reputa lógico, razonable, otro lo estima fuera de toda racionalidad, y, lo que es peor, propendemos a creer firmemente que los dictados de la razón son algo universal e indiscutible, algo que todos debemos acatar.

Nada más lejos de la realidad. Contra los dictados de la razón se ha levantado el grandioso edificio de la astronomía; contra los dictados de la razón han caído religiones y sistemas filosóficos en completo olvido; contra los dictados de la razón se ha cumplido y se cumple el progreso de la humanidad. Porque es la razón humana la que ha forjado todos los errores históricos y la que ahora mismo mantiene el mundo en los linderos de la ignorancia y de la superstición. Aun los mismos que se reputan revolucionarios y hombres del porvenir, de supersticiones e ignorancias viven, con ignorancias y supersticiones argumentan, porque, encastillados en los famosos dictados de la razón, no advierten que la razón, sin la experimentación, es puramente imaginativa, egotista; no paran mientes sino en la lógica personal y exclusivista del «yo» y se lanzan a las mayores audacias desprovistas de todo fundamento.

De hombre a hombre hay, en materia de lógica, verdaderos abismos. Y como no sabemos de ninguna razón infusa capaz de imponerse por sí misma a todos los humanos, forzoso será que hagamos un alto en nuestros entusiasmos racionalistas.

La Naturaleza, la realidad, no es un silogismo; es un hecho. De este hecho podrá nacer el silogismo; pero menester será que el instrumento de interpretación, el entendimiento, no se equivoque, para que tal silogismo sea idéntico para todo el mundo.

La misma percepción, las mismas sensaciones, varían de hombre a hombre. ¿Cómo no ha de variar la traducción en ideas y palabras? ¿Cómo no ha de variar la lógica?

Si a un hombre, lo más inteligente posible, pero ajeno al mundo civilizado, se le dijera que un armatoste de acero se mantiene a flote sobre las aguas del mar, negaría en redondo semejante posibilidad, fundada precisamente en los dictados de su razón. Si se le

dijera que otro armatoste metálico surca libremente los espacios, negaríase también, en firme, a admitirlo. Su razón, todas las razones dicen que cualquier objeto más pesado que el agua se va a fondo, que cualquier objeto más pesado que el aire se viene al suelo.

La razón, cuando no se apoya en la experiencia, yerra o acierta por casualidad.

Mas no es necesario apelar al hombre no civilizado. Hay un hecho que da la clave de la cuestión: cuando en un tubo donde hay agua se ha hecho el vacío, el agua sube; la razón, no pudiendo explicarse el suceso, inventó el «horror al vacío». Pero la experiencia nos permitió conocer la presión atmosférica, la ley de la gravedad y tantas otras cosas que a la razón, por sí misma, no se le habían ocurrido; y entonces la razón se dió cuenta de que el agua sube por el tubo donde se ha hecho el vacío, precisamente porque no está presente la acción o presión atmosférica. Y esta explicación, que los encastillados en el racionalismo llamarían racional, no es más que una «explicación de hecho», sobre la cual la razón puede construir todavía nuevas invenciones y nuevos errores.

En realidad, la razón es tan maravillosamente apta para explicarse los motivos de lo que la Naturaleza le da explicado, como incapaz de fundar por sí misma una sola verdad o una sola realidad, si se quiere. Es verdad que la experiencia de los siglos debería hacernos tan desconfiados de la razón como de la fe. Pero es más fácil y más cómodo imaginar e inventar que investigar pacientemente y encontrar con tanto trabajo como eficacia los hechos y las conexiones que los ligan, y de ahí que el pretendido racionalismo tenga tantos adeptos en todas las zonas y en todos los climas ideológicos.

Donde la experiencia falta, la razón quiebra casi siempre. No, no basta la razón. Todas las cosas tenidas por racionales suelen ser infundadas y opuestas a la realidad. A lo sumo, van conformes a las apariencias. No, la razón no basta. Es precisa la experimentación constante, el análisis terco y porfiado de los hechos, la investigación tenaz, y, por encima de todo, la «verificación», necesariamente «a posteriori», de las consecuencias deducidas, para que la razón pueda levantarse modestamente, sin énfasis, a formular la más elemental de las verdades. Los hechos son algo más que los silogismos y mucho más que la escolástica, de que andamos aun contaminados los que presumimos de hombres del porvenir y somos solamente unos pobres remedos del hombre de ayer.

Menos razones y más experiencias; menos racionalismos y más realidades; menos gimnasia de calenturientas imaginaciones y más bagaje de conocimientos positivos y de hechos de naturaleza, nos harán aptos y merecedores de otras civilizaciones y otro mundo mejor, que por el camino de las construcciones especulativas y de los disfraces de la fe andaremos siempre girando en torno de todo lo atávico y de todo lo erróneo.

Que es precsamente lo contrario de lo que, al parecer, muy racionalmente anhelamos.

NUESTRAS IGNORANCIAS

Conferencia leída en el Centro Federal de Villanueva y Geltrú, el día 22 de mayo de 1904, por José PRAT

Compañeros:

La ignorancia y la pobreza han sido y son constantemente el único patrimonio de los proletarios. Los bienes de la tierra y los goces intelectuales nos están igualmente vedados.

No vayáis a creer por esto que los ricos son modelos de sabiduría. Por regla general, aunque tienen los medios económicos para poder instruirse, los más han resultado unos perfectos adoquines y los menos unas mediocridades.

En materia de instrucción, la burguesía puede dividirse en dos clases: una, constituída por políticos, abogados, escritores, curas, profesores, etc.. que realmente han adquirido una instrucción y la ponen al servicio de la otra clase compuesta de propietarios, capitalistas, comerciantes e industriales expertos en el sublime arte de explotar el esfuerzo productor del obrero, pero cuya mentalidad sería insuficiente por sí sola para ejercer la dirección social, si no hubiese la otra clase que la asesora o se encarga de esta dirección a cambio de ciertos privilegios y de buenos sueldos. Las dos se completan perfectamente para ejercer un dominio sobre la gran masa obrera y explotarla.

Aunque en público sostengan lo contrario, de hecho ambas clases están convencidas, persuadidísimas en su fuero interno, de que el obrero ha de ser de inferior condición social, y que, por consiguiente, no necesita instruirse grandemente. Influye mucho en esta persuasión el interés individual y de clase que tienen en conservar sus privilegos, sus propiedades y sus mandos. Saben que cuanto más ignorante es un obrero, más sumiso, más dócil, más obediente es a la voz de los que se propongan explotarle.

Y tan convencidos están de esto, que la clase burguesa más instruída, la que ejerce la dirección social,, el Estado, en una palabra, no pudiendo ya mantener por más tiempo al proletariado en la santa ignorancia absoluta de antaño, ha hecho a nuestros tiempos la concesión de gastarse unos pocos millones de pesetas para instruirle, pocos millones comparados con los miles de millones que se consagran a la

guerra. pero ha impuesto una determinada enseñanza oficial y creado un método educativo-instructivo que, además de poderlo calificar de dosimétrico, pues se reduce a su menor expresión posible, tiene para el proletariado el grave inconveniente que lo educa para esclavo y lo instruye para pobre de solemnidad.

A no ser por el esfuerzo verdaderamente altruístico de algunos hombres que en todas las épocas han roto abiertamnete contra todos los dogmas establecidos y esparcido a manos llenas las verdades nuevas, la gran masa obrera no habría salido de la ignorancia absoluta de antaño ni tendría aspiraciones hacia un mejor porvenir.

De todos modos y a pesar de estos esfuerzos generosos, es un hecho que el proletariado es pobre e ignorante. Como dejo dicho, lo mismo le están vedados los bienes materiales que los goces de la intelectualidad.

No recuerdo quién, planteó este problema: ¿Somos pobres porque somos ignorantes, o somos ignorantes porque somos pobres?

La pregunta merece que hallemos una respuesta lo más satisfactoria posible.

◆

Antiguamente, cuando la enseñanza estaba confiada a la Iglesia y los nobles tenían a gala no saber leer ni escribir, el método educativo tenía por objeto inspirar el respeto de la religión y de la monarquía, justificar su dominio, demostrar la legitimidad de los privilegios establecidos, lo bien fundado de las supersticiones y de los prejuicios, en una palabra, entorpecer las inteligencias y las voluntades, acostumbrarlas a la resignación y al sacrificio en espera de que les fuesen recompensados en la otra vida.

Cuando la burguesía triunfante después de la Revolución, ocupó el puesto de la nobleza y del clero, adoptó los mismos métodos de enseñanza.

No hay para qué decir que en España el Estado continúa enseñando como en los tiempos de la Nanita y que el clero goza de gran favor en las Universidades.

No me detendré en hacer la crítica de esta enseñanza que en España dan el Estado y la Iglesia, primero porque ya la han hecho personas peritísimas en esta materia, como por ejemplo, el profesor Pedro Dorado, de la Universidad de Salamanca, y yo no podría añadir nada nuevo; segundo, porque vosotros los que militáis en los partidos avanzados, algo conocéis de estas críticas y sabéis a qué ateneros sobre el particular, y, en último lugar, porque yo no vine aquí con el propósito de condenar una vez más lo que ya en España está llamado a desaparecer, sino que vine con el propósito de ensanchar algo más el horizonte criticando como se merecen los métodos de enseñanza que asoman y se presentan, venidos del extranjero, como una promesa de regeneración patria, cuando, en realidad, no son más que perpetuación del pasado en materia de pedagogía y continuación de esclavitudes morales y materiales.

Nuestros políticos demócratas que por ahí andan pregonando las excelencias de una República que ha de formar ciudadanos libres, laboriosos y fuertes, tienen la vista fija en la vecina nación. Es su modelo, y basta que lleve gorro frigio para que hallen excelente todo lo que allí se hace.

Pero yo os aseguro que si esta regeneración nacional nos ha de venir, por ejemplo, copiando lo que se hace en la Francia oficial en materia de instrucción primaria, medrados estamos. El pueblo, mejor dicho, la gran masa obrera, no saldrá de sus seculares esclavitudes.

Si la monarquía y la Iglesia lo han embrutecido en España, en la nación vecina el Estado republicano está haciendo lo mismo con su laicismo.

Si aquí reprochamos al Estado monárquico y a la iglesia católica que nos hayan educado e instruído con el exclusivo propósito de que acatáramos reverentes todo lo que al fin y al cabo hemos acabado por no poder respetar por considerarlo humillante a nuestra dignidad, iguar reproche podemos hacer al Estado republicano francés, cuyos métodos de enseñanza tienen igualmente por exclusivo objeto inspirar el respeto de la religión y de la república, es decir, de la autoridad divina y de la autoridad humana; justificar su dominio, demostrar la legitimidad de los privilegios establecidos, fomentar los fetichismos y las idolatrías, arraigar los prejuicios, exaltar la fuerza brutal de las armas, en una palabra, como se ha hecho siempre y como se hace aún en España, entorpecer las inteligencias y las voluntades, acostumbrarlas a la resignación y al sacrificio con la vaga promesa de que todo esfuerzo halla una recompensa en este mundo de miserias.

Y para este viaje de cambiar los nombres de las mismas cosas, creedme, no vale la pena de que hagamos una revolución política.

Como no quiero, si aquí han venido republicanos a escucharme, que puedan sospechar que combato la república por el placer de combatir, sin pruebas, he de hacer una aclaración.

Yo no soy republicano. Si tengo empeño en hacer resaltar los defectos y los rutinarismos de las repúblicas, no es porque quiera entonar indirectas alabanzas a la monarquía, de la cual, maldito lo que soy devoto.

Soy, simplemente, un hombre que no se paga de palabras, que busca en los hechos de la vida social la consagración de la virtualidad de las teorías, y que cuando estos hechos las contradicen, arroja las teorías al olvido y sigue adelante por el camino de la investigacin en busca de un más allá que le satisfaga.

Y como los hechos me han demostrado que el Estado republicano, al igual que el Estado monárquico, continúa fabricando esclavos morales y materiales con su sistema de enseñanza, predicándoles embustes divinos, mentiras cívicas y falseando la ciencia, vengo aquí a exponer los hechos para que se mediten, para que cada uno saque luego las consecuencias, a fin de que el desconocimiento de estos hechos

no nos haga incurrir en la torpeza de aceptar como bueno y excelente lo detestable de otros países.

Lo que sostengo es esto: que el sistema de gobierno republicano no ha hecho más que cambiar el nombre de las cosas que nos disgustan dentro de la monarquía.

El progreso de los pueblos se conoce en la calidad de la instrucción que reciben las últimas capas sociales, y no por la cantidad de moneda en circulación. Digo esto, porque veo hay empeño por parte de algunos en presentarnos la prosperidad económica nacional de otros países como el sumum del progreso moral e intelectual, sin tener en cuenta que una nación muy rica puede albergar en su seno millones de esclavos que carezcan de todo, de pan y de instrucción.

¿Queréis saber de qué modo fabrica esclavos la enseñanza que el Estado republicano da al pueblo trabajador?

Pues tened la paciencia de escucharme, como yo la tuve hojeando los libros que el Estado republicano pone en manos de la infancia y de cuya lectura salí con el estómago asqueado, indignado, al ver de qué modo tan ruín se domestica al hombre, desde su más tierna edad, para mejor asegurar el dominio de una clase sobre otra, sugestionándole la necesidad de obedecer y respetar personas e instituciones, en lugar de prepararle con conocimientos puramente científicos y verdades comprobadas para que pueda formarse un juicio propio de la virtualidad de instituciones sociales que más tarde pesarán sobre sus espaldas como losas de plomo.

Lo primero que me tiré a la cara al abrir el librito de Pedro Laloi para «El año preparatorio de instrucción moral y cívica», fué esta apología de dios:

«Pensad en lo que es el universo; es inmenso y entre sus partes todas hay un orden que debéis admirar.

»Así en nuestro planeta vemos la vuelta de las estaciones, la vegetación de las plantas, la continua reproducción de los animales.

»Fuera de nuestra tierra hay otros mundos en que todo está regulado como en el nuestro.

»En todas partes donde se halla este orden existe **un ordenador;** este ordenador es dios.

»Reconoced y adorad la **sabiduría** y el **poder de dios.**»

Y en el libro del mismo autor para el **Primer año de instrucción moral y cívica,** esta nueva tontería:

«Tenéis deberes para con vosotros mismos, es decir, para con vuestro cuerpo y vuestra **alma.**»

En el libro de B. Subercaze, **Certificat d'études primaires,** se lee asimismo lo que sigue:

«La patria es esta tierra, amada entre todas, que nos vió nacer, en la que vivimos, en una sociedad particular, bajo la protección de las mismas leyes y del mismo gobierno y en la que **rogamos a Dios en un mismo idioma...»**

No he leído más mentiras en menos líneas.

Dígaseme ahora con qué cara y con qué lógica el Estado republicano que pone estos libros en manos de los niños, expulsa a las congregaciones religiosas que se dedicaban a la enseñanza. Verdad es que esta expulsión no tuvo más objeto que atajar la competencia que las congregaciones hacían al profesorado laico, y con esta bandera del laicismo, mantener a Combes en el poder.

Y lo bueno es que para evitar esta competencia, el Estado republicano no ha titubeado lo más mínimo en contradecirse, incurriendo de nuevo en el pecado de ilogismo.

El libro de Pedro Laloi, hablando de la libertad del trabajo, dice a los niños:

«La competencia es permitida, no os quejéis nunca de la competencia.»

Por lo visto, en Francia es permitida la competencia cuando va en pro, no en contra del Estado, que como buen hijo de la Iglesia, tiene empeño en apoderarse de la infancia.

¿Queréis saber por qué el Estado republicano mete en el cerebro de niños de 9 a 11 años las ideas de dios y alma que no son verdades comprobadas, que son meras hipótesis?

Pues es muy sencillo. Porque las clases directoras de Francia, muy dignas de las clases directoras de España, creen firmemente que sin ideas religiosas, que ellas no sienten, pero practican hipócritamente para edificación del pueblo, y sin leyes, que ellas violan a cada momento, no es posible gobernar a los pueblos, mejor dicho, a la masa proletaria; creen firmemente en la necesidad de dioses para la canalla, de creencias religiosas, de muchas leyes que mantengan a la plebe en la secular obediencia a todo lo establecido.

¿No ha sido hasta el presente un freno la autoridad divina? Pues continuemos frenando, piensan los bonachones burgueses republicanos; suprimamos las congregaciones religiosas ya que su competencia arruina al profesorado laico que la democracia ha llamado a la dirección social, pero no suprimamos dios de las escuelas, porque si lo arrojamos de ellas, pronto la autoridad laica derivada de la autoridad religiosa, se iría a paseo. Lo esencial es moldear de tal modo el cerebro de la infancia que se halle obstaculizado más tarde para pensar por sí propio, matar la voluntad para toda iniciativa personal, forjar autómatas que acepten sin protesta todas las arbitrarieddes y expoliaciones de nuestra dirección social. Así piensan.

Y porque así pensan y creen, no perdonan modo ni ocasión de sugestionar estas obediencia y sumisión en el cerebro de la infancia.

«La ley—se enseña en el primero de los libros citados—es la regla a la cual todos los ciudadanos deben **obedecer.** La ley está hecha por los diputados y los senadores.»

¿Vais viendo a dónde se tira? No se dice a los niños: debéis obedecerla si os parece justa; sino obedecerla a secas, sin más discusión, únicamente porque es ley. No se conduce de otro modo el Estado monárquico en sus escuelas de por acá.

Pero donde más resalta el verdadero objetivo de esta educación

interesada, es en el culto a la patria que el Estado francés ha tenido que exaltar hasta lo inverosímil para poder emprender las expediciones coloniales que tan saneadas rentas producen al comercio francés. Para ello se ha convertido la escuela en banderín de enganche. Escuchad:

«La mejor escuela es la que da mejores ciudadanos y mejores soldados.» Pedro Laloi, libro citado.

«Ser soldado no es solamente un deber sino un honor.

»El soldado debe **obediencia absoluta** a sus jefes; esta obediencia se llama **disciplina.**

»Niños:: amad vuestra patria de todo corazón, sed ciudadanos abnegados; para que ella sea grande y honrada, haced el **sacrificio de vuestros intereses,** y si es necesario, **hasta el de vuestra vida.»** Subercaze, libro citado.

«No olvidéis nunca de hacer vuestro saludo escolar, llevando la mano a la frente, cuando veais pasar los tres colores de nuestra bandera.» H. Barreau y A. Bouchet, **Temas escogidos para exámenes.**

Exactamente como aquí cuando pasa el viático. La democracia, fiel al rutinarismo imperante, ha caído en este lamentable fetichismo.

Lo siguiente es un tema de redacción para niños:

«El amor a la patria es tal vez el más puro, el más noble, el más duradero de todos. Las desgracias o la suerte que afectan a la patria, jamás nos dejan indiferentes; sufrimos con sus males, nos alegramos de sus triunfos, esperamos sea cada día más gloriosa, poderosa y respetada. ¿Por qué el soldado tiene las simpatías de todos? Es porque personifica la grandeza, la existencia misma de la patria...» Barreau y Bouchet, libro citado.

Y yo que había creído cándidamente que la grandeza de una nación la personificaban los sabios, los artistas y los que trabajan.

Me diréis que estas enseñanzas conducen directamente al salvajismo de la guerra...

¿Y esto qué les importa a los burgueses? La guerra es un negocio como otro cualquiera.

Ya se encargará el profesorado de adelantarse a la mala impresión que el relato de sus horrores podría causar en el cerebro de los niños cloroformizándoles la sensibilidad con la continua repetición de temas como éste:

«El amor de la patria lo sentirás como un gozo **divino si tienes la felicidad** de ver cómo vuelven los regimientos diezmados, extenuados, terribles, con el esplendor de la victoria en los ojos.» Barreau y Bouchet, libro citado.

Y si no hay bastante con matar la sensibilidad del niño, si no basta con impedirle pueda tener sentimientos de fraternidad, no dejarán de fomentarle el amor propio nacional, diciéndole que:

«La Francia ha vuelto a tomar en Europa su gran situación. **Fuerte con su ejército, aliada de un gran imperio,** confiada en su derecho...» Desiré Blanchet, «Historia de Francia», para el curso medio.

Como veis, para los burgueses franceses, la fuerza es sinónima de derecho. Quedan avisados los trabajadores.

Pero aun hay más sobre este tema patriótico.

«Jamás nuestro ejército había sido tan numeroso como ahora, ni tan disciplinado, ni tan valiente. Francia hce respetar en todas partes su bandera y **aumenta todos los días su imperio colonial.»** Ernesto Lavisse, de la Academia Francesa, «Historia de Francia».

Pero lo que no dicen estos apologistas del ejército es que cuando más engancha éste sus cuarteles con menos brazos se queda la agricultura y más crecidos son los impuestos para mantener esta ociosidad. Lo que no dicen estos patriotas es el número de suicidios anuales que en los cuarteles produce esta admirable disciplina, en el anuncio de consejos de guerra que matan la personal independencia. Lo que no dicen esos trovadores de la guerra es que para aumentar este imperio colonial se ha tenido que arrebatar pedazos de patria ajena, pisoteando el derecho de los demás, matando la libertad de otros países. Lo que no dicen estos cantores de la valentía se ejerce sobre razas y pueblos más débiles. Lo que no cuentan es el número de víctimas, incalculable número de soldados enterrados en Madagascar y en el Tonkin, engullidos por la disentería y las pestes. Lo que no enumeran tampoco son los ya innumerbles atropellos de que son víctimas las razas de color por parte de los funcionarios públicos, civiles o militares, que mangonean y mandan como verdaderos déspotas en estas colonias transformadas en presidios comerciales, donde se explota a los indígenas hasta extenuarlos y se les mata en el mayor de los silencios metropolitanos. Lo que no dicen es que estas enseñanzas llevan el luto y la desolación a todas partes donde estalla la guerra. Lo que no dicen es que la guerra es una selección al revés, regresión que arrebata la vida a los mejores. Lo que no se dice al niño es que con semejantes palabras vacías y frases muy sonoras, pero muy embusteras, se fomentan todos los malos sentimientos, todas las más bajas pasiones, en el exclusivo interés de un puñado de hombres que no titubearían en pegar fuego a todo el globo con tal de que esto les produjera el ingreso de un manojo de billetes del banco. Lo que no se enseña al niño es que en la guerra el trabajador pierde la vida o la salud y no gana nada, absolutamente nada, cuando no pierde hasta el hábito del trabajo.

Y después de haber escuchado las citas expuestas decidme dónde está este progreso moral que debería ser el prmer cuidado de todo profesor. Decidme dónde y cuándo ha contribuído a fomentarlo el Estado republicano, más solícito para ir aumentando los bienes y riquezas de la minoría poseedora, que atento al progreso de la clase obrera.

Y decid, además, si esto es instrucción, si esto significa laborar para que la mentalidad del pueblo se eleve y suba a las serenas y puras regiones de la ciencia, de esta ciencia que nos enseña que todos los hombres son hermanos y como hermanos deben amarse y respetarse y tenderse la mano a través y a pesar de las políticas fronteras; de esta ciencia que nos enseña que la vida del ser más humilde es respetable y ha de ser respetada y que, por encima del interés indi-

vidual de la minoría privilegiada, hay que poner el interés de la entera humanidad.

No, queridos compañeros; esta labor instructiva, esta labor educativa, no la han hecho, no la harán nunca los gobernantes, no pueden hacerla, llámense como se llamen, porque por encima de toda la buena voluntad que pudieran tener, que no la tienen, los conductores de pueblos, planea aquel interés particular y de clase de la minoría poseedora de la tierra, que quiere que el proletario esté obediente a su voluntad, e impone ésta su voluntad ya desde la escuela con los libros que da a leer a la infancia para que no se les borre del cerebro jamás el hábito de obedecer sin réplica. Escuchad cómo se forma en el niño el servidor obediente del patrono:

«Por último, el criado, el obrero, el jornalero, vienen **obligados a obedecer** a quien les emplea y les paga. En efecto, **sería extraño,** que el salario que se recibe de manos de alguien diese al mismo tiempo al asalariado el derecho de desobedecer.» Barreau y Bouchet, libro citado.

En efecto, repito yo: la burguesía encuentra muy extraño que se le desobedezca. También los dioses hallan extraño que nos riamos de ellos.

Aquí tenéis en qué queda convertido el famosísimo «contrato libre» de que nos hablan los economistas. Pero aún hay más.

«Seréis **fiel** a vuestro patrono. Para esto trabajaréis bien. No extraviaréis adrede nada de lo que os confíe. **No hablaréis mal de vuestro patrono,** ni contaréis lo que ocurra en su casa.» Pedro Laloi, libro citado.

Y por si esa lección no basta, el profesor se asegura de la buena memoria del niño haciéndole repetir, como un hipnotizado, esta conformidad:

«Durante mi aprendizaje seré laborioso, **dócil,** honrado.» Pedro Laloi, libro citado.

He aquí de que modo el Estado se pone a la disposición del Capital, a trueque de que el Capital le permita, a su vez, sacar raja de esta esclavitud obrera que fabrica desde la infancia. Oid:

Todo franscés debe respetar las leyes, **pagar los impuestos sin murmurar**, llenar sus deberes militares, respetar a los agentes de la autoridad.» P. Laloi, libro citado.

Ya veis cómo el Estado y el Capitalismo son dos truhanes que se entienden en todas partes a las mil maravillas.

Para esta labor de domesticación humana no titubeamos en falsear los principios más fundamentales de la ciencia y dar por indiscutibles los hechos más monstruosos.

Continuad escuchando lo que se enseña al niño:

«Vivís en una sociedad gobernada por leyes justas, pues la sociedad francesa es democrática, es decir, que todos los franceses tienen los mismos derechos.

«Sin embargo,—este «sin embargo» vale un mundo, compañeros; significa que los mismos que nos domestican con la careta de enseñanza

se dan cuenta de la farsa antedicha;—observaréis, sin embargo, que en esta sociedad hay desigualdades.

»Nacemos más o menos vigorosos, más o menos inteligentes: es una desigualdad entre nosotros.

»Somos más o menos ricos: de aquí viene la desigualdad de condiciones.

»Oiréis decir a menudo que esta desigualdad de condiciones es injusta.

»Vosotros responderéis que esta desigualdad no puede evitarse.» Pedro Laloi, libro citado.

Siempre la sugestión, siempre ideas hechas sin dar al niño la demostración de ellas. Oid aún este imperativo:

«Os aplicaréis a vuestro trabajo como si vosotros tuviéreis que vender su producto.» Pedro Laloi, libro citado.

Con lo cual se demuestra que este producto del trabajo obrero, lo embolsa en su mayor parte el patrono.

Y para que tanta docilidad y obediencia no escame, se le pone a la vista el cebo de una recompensa imaginaria:

«El obrero más pobre puede llegar al bienestar, a veces, hasta la fortuna, si es laborioso y economizador.»

Una verdadera cucaña. Sólo que falta agregar que por ella trepan los que no tienen escrúpulos y alcanzan el premio, no los que trabajan, sino los que hacen trabajar a los demás.

«Toda la enseñanza primaria—dice el escritor francés Andrés Girard—está concebida, desde el principio al fin, primeramente para militarizar las inteligencias, imbuirlas de una admiración y de un entusiasmo ciegos por todo lo que se relacione con la guerra, y luego para preparar servidores dóciles para el capitalismo, servidores persuadidos de la necesidad de su inferioridad social y de la expoliación de que son víctimas y arrastrados hacia una resignación propicia para que realice sólidos beneficios la minoría de privilegiados.

«La enseñanza que se da en las escuelas—agrega dicho escritor—es deprimente y abyecta. Deber, obediencia, abnegación, sacrificio, empequeñecimiento de la propia personalidad, tal es el fondo de la moral profesada. ¡Obedecer y siempre obedecer! La obediencia es la gran virtud preconizada por encima de todo. Niño, hay que obedecer a los padres y a los profesores; hombre, hay que obedecer a las leyes; soldado, a sus jefes; obrero, a su patrono.»

◆

Y no se crea que la acción deprimente de esta enseñanza se ejerza de modo persuasivo.

Dentro y fuera de la escuela continúa lo mismo y de modo coactivo.

¡Ay de los que no quieran obedecer ni someterse a todo lo establecido!

Los cachetes del padre enseñarán a respetar la autoridad paternal, porque según estos libros de enseñanza:

«Debéis **obedecerles.** No discutir jamás con ellos. Se discute con iguales, pero no con el padre y la madre.»

Y si el niño halla que las razones paternas no son todo lo convincentes que sería de desear, no importa, tendrá que callarse ante esta autoridad con la que no puede discutir porque:

«La ley consagra la autoridad de los padres, dándoles el derecho de castigar a sus hijos.»

Los castigos del profesor le enseñarán asimismo que es otra autoridad respetable, aunque sea un borrico con diploma, a la que, forzosamente:

«Debéis amar, respetar y **obedecer,** pues vuestros padres os han confiado a él y le han dado la autoridad que ellos tienen sobre vosotros.»

Y la mujer también, como el niño, es un ser socialmente inferior.

«El marido debe **protección** a su mujer: la mujer debe **obediencia** a su marido.» P. Laloi, libro citado.

Y que no se hable luego, de que todos los franceses gozan de los mismos derechos. Que responda la mujer.

¿Dónde iríamos a parar sin jerarquías? Tiene que haberlas hasta en la sopa. Que se resignen los declarados débiles por real y republicano decreto. La autoridad ha de pasar triunfante sobre todas las libertades individuales.

No volvamos a mentar esta **obediencia absoluta** que el soldado **debe** a sus jefes. No corramos el riesgo de que nos fusilen.

No digamos tampoco nada de la autoridad civil. Para persuadirnos a acatarla se levantaron las cárceles.

Y por fin, aquí hay el despido del taller, los días sin pan, un castigo como otro cualquiera, para quitarnos las ganas de desobedecer la autoridad del patrono.

Y así, y siempre, y en todas partes, bajo el aguijón del castigo, la obediencia forzada, impuesta, repugnante, en todos los actos de la vida.

En verdad os digo que cada vez que me detengo a reflexionar sobre el funcionamiento de nuestra civilización de bárbaros, me dan ganas de apretar a correr e irme al bosque, a cualquier desierto, a recobrar mi libertad perdida, en medio de las libres bestias que no se mandan unas a otras, que no se explotan, que no se arman emboscadas ni se matan cuando pertenecen a una misma especie.

◆

Con todo lo expuesto queda mediocremente explicado por qué el proletariado es ignorante y pobre.

Es ignorante porque el Estado, antes y ahora, por federal que se llame, lo deja indefenso y ex profeso a merced de la expoliación capitalista, y es pobre porque el capitalismo se aprovecha de su ignorancia para efectuar este despojo.

En esta obediencia que a todo y a todos se nos sugestiona desde que nacemos, está el secreto de nuestra esclavitud. Se nos deja sin ejercicio el hábito de análisis para poder inculcarnos ideas hechas que aceptamos como buenas sin discusión; se nos mata la voluntad y la iniciativa haciéndonos creer que el Estado vela por nosotros; se nos ha falseado el buen sentido imprimiendo a nuestro cerebro una dirección determinada que favorece grandemente los planes de expoliación de que somos objeto y convertido en autómatas, en máquinas dóciles a la mano que las dirige.

En vano buscamos en el cambio de hombres de gobierno un remedio a estos males. Subsisten porque no sabemos comprender que todos los sistemas de gobierno son igualmente defensores del capitalismo y que, por lo tanto, su dirección social es el trallazo con que se nos obliga a ser toda la vida esclavos de este doble poder económico político.

El hombre no será libre, integralmente libre, hasta que se emancipe de este yugo. Y como el Estado tiene interés en mantenernos ignorantes, es necesario que busquemos la salvación fuera del Estado, en nosotros mismos. Del propio modo que ya comprendemos que la tutoría de la Iglesia nos ha sido perjudicial, tenemos que comprender asimismo que la tutoría del Estado nos es también funesta, porque empequeñece nuestra personalidad y coarta nuestra vida.

Fijémonos bien en una cosa. No es que los hombres necesiten esta tutoría porque son ignorantes. Está visto que su ignorancia es hija del interesado abandono en que les tuvo la iglesia y la monarquía y de esta falsa instrucción que nos da el Estado moderno. Sin estas tutorías, que nos han mantenido en la férrea ley del salario, el capitalismo no habría imperado mucho tiempo, porque el simple buen sentido nos hubiera advertido de su injusticia, como nos lo advierte aún, a pesar de todo, desde el momento en que el proletariado busca instintivamente el modo de emanciparse de su yugo.

◆

¿Y que hacer?, preguntaréis.

Pues no limitarnos a recriminar estérilmente la acción retrógrada de la enseñanza oficial, sea religiosa o laica.

«Es necesario reaccionar—como con mucha exactitud señala el escritor francés citado—contra esa domesticación de los caracteres y este atontamiento de las inteligencias, a las cuales se debe la lentitud desesperante del progreso.»

Tenemos que quitar el niño de manos del Estado, del mismo modo que ya lo vamos sacando de las manos religiosas.

Si hay alguna cosa que merezca ser asunto de orden privado, es la instrucción. Esta se desarrollaría cien veces más rápidamente confiada a la iniciativa privada.

El ideal sería que cada padre pudiera educar a sus hijos, pero ya que esto no es posible, dada nuestra inferior mentalidad, fomentemos

el esfuerzo del pequeño núcleo de profesores libres que se han propuesto ir en redondo contra la enseñanza oficial, laica o religiosa que sea.

Que todos los que sienten esta necesidad se asocien y arbitren los medios indispensables para crear y sostener en España un profesorado libre, consciente, bien penetrado de que la pedagogía ha de consistir en desarrollar en el niño los hábitos de análisis y de observación, su libre iniciativa, y robustecerle la voluntad sin darle ideas hechas que más tarde acaso tenga que rechazar, dejándole, en fin, en completa libertad de movimientos para que en todo momento y lugar pueda formarse una idea propia de las cosas y de los hechos que le rodean.

Y sobre todo, sacudamos nosotros mismos nuestra pereza mental, dando ejemplo a nuestros hijos y hermanando esta instrucción de la escuela con una buena educación en el seno del hogar, ajena a todo autoritarismo.

Instruyámonos para poder instruir o saber escoger los métodos instructivos que más respeten esta libertad del niño.

Unicamente al precio de estos esfuerzos nos iremos libertando de prejuicios y de errores, y podremos emanciparnos de tutorías que nos ponen atados de pies y manos a merced de la astucia burguesa que tiene empeño en tenernos sujetos por medio de nuestras ignorancias al carro de sus odiosos privilegios.

Si queremos que la libertad sea un hecho real, sea en el orden de cosas que fuere, depende de nosotros mismos.

Tengamos voluntad para quererla, para conquistarla, que únicamente así se es libre, no esperando a que nadie venga a rompernos las cadenas· tengamos confianza en nosotros mismos, que a pesar de todos los esfuerzos hechos en contra, aun no está todo muerto dentro de nosotros. Aún palpita la vida en este deseo, por vago y confuso que sea, de liberación moral y material con que soñamos. De la chispa de este deseo puede salir el incendio de la regeneración.

Pensad que la vida es acción, es movimiento.

Movámonos, trabajemos y luchemos, pues, para ser hombres libres; hagámonos con nuestros esfuerzos merecedores de esta libertad y el porvenir será nuestro para bien de nuestros hijos.

He terminado.

INDICE

EL PROBLEMA DE LA ENSEÑANZA 3

¿QUÉ SE ENTIENDE POR RACIONALISMO? 9

CUESTIONES DE ENSEÑANZA 12

LA RAZON NO BASTA 18

⁂

NUESTRAS IGNORANCIAS 20

SENSACIONES

EL PUENTE DE LA INSPIRACION

«Jamás un sueño, respaldado por el esfuerzo, es cosa perdida.»
Alejandro CASONA.

CIERTO buen compañero, que ahora vive en Lyon, me envió una hermosa tarjeta de salución fraternal. En esta época en que todo el mundo andamos ahorros de tiempo, la postal ha suplantado, con ventaja, a la epístola. Cuatro letras y una buena vista en colores o en negro, llenan, a distancia, el noble compromiso moral con los seres que amamos. Pero esta tarjeta tiene algo que escapa al cálido anonimato de la amistad, del compañerismo; algo que pugna por salir a la luz pública, vestido con el humilde, pero sincero y emocionado trajecito de un artículo periodístico, a esta pluma debido. ¿De qué se trata? Vamos a verlo.

La postal evoca en colores muy tibios uno de los lugares más representativos de la milenaria gala de la metalurgia y el tejido. Al pie de una manzana de casas (a cuya espalda asoma su cabeza de pizarra vieja cierto alto edificio de corte medieval) se deslizan suavemente las plomizas aguas del Ródano; y de una a otra margen la armoniosa mole acerada de un puente con varios ojos grandes, oscuros, melancólicos y dulces como de doncella argelina.

El compañero remitente escribe al dorso algunas futilidades amistosas, y al final y en ángulo vivo añade: «En este puente se inspira «Fontaura». Sin poderlo remediar afluyen enseguida a la memoria los matices que distinguen inconfundiblemente la obra y la persona del estimado autor de las «Marginales» de «CNT» y «Solidaridad Obrera». El que esto escribe no es muy partidario de elogiar a nadie, pero le repugna mucho más hacerlo cuando, en cumplimiento de un absurdo rito cristiano, se prodigan todos los elogios, se cantan las mayores virtudes, ciertas o inventadas, a quien acaba de estirar la pata.

Lo bueno y lo malo de las personas había que decirlo en vida y cara a cara, de manera que el sano calor que insufla la franqueza (prenda moral anárquica) elimine la glacial morbosidad del rencor y de la egolatría. Vulgarizando un poco el aserto: hay quienes (como los comunistas) son diestros en encumbrar políticamente a los mediocres, a los inaptos; y, por contraste, hay también en la otra orilla los que inconscientemente van destruyendo auténticos valores propios. Los unos porque necesitan dioses divinos o humanos para subsistir; los otros porque los inventan para hacerse la ilusión nihilista de que los destruyen. Ambas cosas son nocivas. Recuerdo ahora una «marginal» que desmenuzaba estos complejos psicológicos de los hombres. Antes que destruir los símbolos materiales de la servidumbre y la idolatría hay que limpiar la conciencia humana de las condiciones morales que los hacen posibles. Es más útil librar un alma (en el sentido naturalista del término) del hollín religioso que pegar fuego a una iglesia. Las piedras pueden volver a levantarse, pero el que vió y gozó de la luz difícilmente se adapta a vivir, otra vez, en las tinieblas.

Contemplando esta bucólica estampa del puente, del río, y del ancho cielo violeta que le sirve de sombrilla, se explica uno la envidiable inspiración que viene a animar, a intensificar el espíritu creador de Vicente Galindo, cuya silueta parece adivinarse, lapicero y cuartilla en ristre, sobre cualquier rincón callado del paisaje. Porque «Fontaura» es un amador de solitudes. Aunque hijo natural del trabajo y de los trabajadores, sabe, también, apartarse del ruido multitudinario, para sumergirse en los senos augustos del silencio, de la quietud, que es donde mejor viven, laboran y producen los temperamentos poéticos, como, bien visto, es el suyo. Hace algunos meses en los renglones de una carta íntima me describía magistralmente (un poco al estilo sutil de Gabriel Miró) los «goces morales inefables que experimentaba en las silentes playas de Benidor o bajo los amables algarrobos de Villajoyosa. Después se hundía en los mejores recuerdos de luchador anarquista y de educador de niños. Para él ambas cosas se conjugan en el verbo infinito de la sociedad ácrata; es decir: libertad máxima, justicia absoluta, igualdad verdadera, felicidad mayor.

En efecto, separar la «educación» de la «revolución» es tarea a la que se consagran interesadamente todos los demagogos de la política, o los ilusos que queriendo ir adelante se sitúan en la misma línea retrógrada de los que creían en el burdo milagro nazareno de los panes y los peces. La verdadera liberación del hombre, la revolución social auténtica no está al volver la esquina, sino en el ancho mundo del corazón y la inteligencia del niño, al que toda una gloriosa pléyade de voluntades anárquicas se ha consagrado con el celo, el amor y la capacidad autodidacta propias de nuestros hombres. El magnánimo Francisco Ferrer ha tenido muchos seguidores. Uno de ellos es «Fontaura». Quizás algunos de esos estudiantes y obreros jóvenes que hoy se agitan por las tierras movidas de España tanteando futuros de libertad, lleven en su conciencia las huellas de aquellas enseñanzas que recibieron de un hombre humilde, un hombre que recorría los caminos ansiosos de Levante y Cataluña, de Castilla y de Aragón con un macuto lleno de libros, una conciencia llena de ideas, un corazón lleno de bondades.

Conrado LIZCANO

Orán, mayo 58.

DOMESTICANDO

LOS diarios de San Pablo trajeron extensas noticias respecto al «hombre de la selva» (homen do mato), capturado con dificultad por las autoridades de Sao José dos Campos, «a fin de ser domesticado».

Tal acción fué una piedad cristiana del vicario de Buquira. «Condolido por su triste condición«, ordenó al jefe de policía de Sao José dos Campos, la detención y «domesticación del selvícola».

Durante doce años Joao Pedroso vivió absolutamente libre de toda convivencia humana, temiendo menos a las fieras, los reptiles y los mosquitos que a la cupidez, el egoísmo brutal y la bárbara concurrencia de los civilizados.

Joao Pedroso debió haberse internado por la «selva oscura» más o menos a los 30 años de edad, «en medio del camino» (1).

¿Qué habría conducido a este hombre sencillo a refugiarse en la soledad, el aislamiento, en el seno de la naturaleza, en plena vida libre, imposible de encontrar en la sociedad?

¿Y con qué derecho interviene la sociedad en una de esas definitivas decisiones del individuo, obligándolo a «domesticarse», para «civilizarlo» nuevamente, trayéndolo a la convivencia con los hombres?

Y se hace la cosa en nombre de Cristo, individualista libre que también tuvo que huir hacia el desierto, para recuperar fuerzas, para luego desgraciadamente caer en la bajeza de Judas y en la bofetada social.

¡En esos doce años qué estupenda evolución se habrá operado en las criptas profundas de ese solitario de la selva!

¡Pobre Joao Pedroso! «Domesticado» por la pedad cristiana, «civilizado» por el progreso material, obligado nuevamente a la convivencia con la sociedad, acercado otra vez a los hombres de «olor cruel» (2) y al ruido pavoroso de sus máquinas y al tintineo envilecedor de sus monedas y de sus hazañas, de prostituídos de la conciencia... ¡Bonita domesticidad, linda caquetización, admirable piedad humana!

¡Ni siquiera se nos deja el derecho de huir, de aislarnos una purificación interior, ni sentirnos siquiera con el consuelo de la libertad, en la convivencia panteista de la naturaleza!

Todo un símbolo es la captura de Joao Pedroso.

Todos nosotros, sufrimos ya la captura de la sociedad desde el primer vagido. ¡Tan bien nos lo describe Rousseau!

La educación, desde el bautismo al Jardín de Infancia (3) y hasta la Universidad, las academias científicas y literarias, la nación, la patria, la sociedad en suma, con todas sus indispensables ramificaciones—religión, familia, Estado—, apodérase de la criatura humana, la captura en la cuna y la aprisiona hasta el túmulo—domesticándola, civilizándola—, «condolida» por su ignorancia, apenada por su ceguera en una piedad verdaderamente cristiana...

Es lo que nos enseña la parábola ryneriana de «El Pueblo Ciego»; qué gran placer siento en traducirla para mis lectores:

«En aquel país era la luz más dulce que en la propia Grecia. Era allí el clima tan igual que nadie tenía necesidad ni de vestidos ni de casas. Las bayas silvestres brotaban más suculentas y tan sabrosas que nuestros frutos mejor cultivados.

Adorna al margen de los caminos, una gran planta, diez veces mayor que nuestras mieses y, que en vez de dar espigas, da deliciosos panes.

No obstante, los grandes y los sacerdotes son de natural envidioso los bienes que para ellos no constituyen privilegios y superioridades, pierden todo valor.

Organizan la ciudad (4) de manera a gozar solos, libremente, de cuantas ventajas tenga el país.

Prohiben a los otros hombres el recoger los panes y las frutas y dejan pudrirse enorme cantidad de alimentos. Distribuyen a los pobres, víveres insuficientes. Descubrieron así, el arte de «tirar los excesos al mar» y de comer inmediatamente después (5). Sin embargo, son desgraciados, siempre entorpecidos como están y quejumbrosos por las indigestiones, siempre inquietos con la idea de que, a no dudar, en algún lugar escasamente vigilado del país, les roben un poco de lo que, según afirman, les pertenece.

Mientras tanto, hace algunos siglos, encontraron en parte un medio para tranquilizarse.

En cuanto nace un hijo del pueblo, sus párpados son cerrados (6) con una pasta que saben preparar los sacerdotes y ciertos servidores de los ricos, llamados sabios. De esta manera, los grandes, los sacerdotes y los sabios, sólo ellos gozan de la luz.

Muchas veces maltratan a los otros hombres, los cuales, reconociendo su inferioridad, agachan la cabeza. Además, los pobres, entre sí, son de una espantosa brutalidad (7).

El oro parece ser inútil en tal país. Pero sin embargo los grandes lo aprecian mucho. Algunas veces, las manos tanteantes de un ciego encontraron un tesoro. Lo que motiva reunión de magistrados. Se examinan algunas de las circunstancias que motivaron y acompañaron el descubrimiento. Circunstancias que parecen fútiles e indiferentes a quien no haya estudiado sus leyes.

No obstante, los magistrados, descubren en ellas lo que denominan justicia y proclaman que el descubridor debe ser condenado a muerte o que es preciso traerlo hacia la clase de los videntes. Entonces, con un agua de la cual guardan el secreto, abren sus párpados (8).

Entretanto, los grandes, los sacerdotes y los sabios enseñan al pueblo que el país es horrible de ver, y que, sin su sabia administración, la calamidad pública y la miseria, serían el continuo flagelo.

Laméntanse, en alta voz, por el hecho de estar obligados a tener ojos para conducir, a través de los horrores de la región, a sus hermanos más felices (9).

Canta con ellos el pueblo su ceguera y la dulzura de vivir con los ojos cerrados, sin el trabajo de conducirse.

Además, tras la muerte, afirman, se abren los ojos de los pobres en un bello país, amables como un beso que no tiene fin.

Los ricos, los sacerdotes y los sabios tienen, entre todas sus inquietudes, una terrible angustia.

Algunas veces, en efecto, un hombre del pueblo siente que se abren sus ojos.

Ocurre el accidente a veces de dos modos. Puede ser que durante todo el día, escape un miserable a la estricta vigilancia, y, a través de sus párpados cerrados, procure ver un mismo objeto.

Los párpados, poco a poco se entreabren y con transparencia sus ojos ven un objeto distinto. En la hora en que el crepúsculo parece incendiar al cielo, el objeto, pacientemente observado, toma, en fin, precisas líneas y los ojos grandemente se abren. El hombre que de repente goza, la vista del conjunto de las cosas, agítase en una felicidad muy grande y grita maravillado (16).

También puede ser que diga un pobre:

—Yo acepto mi condición, ya que tengo la fuerza de soportarla. Pero, ¿por qué los dioses (11) dan fardos tan pesados a tantos seres desnutridos que oigo por doquier gemir y veo tambalearse?

Si esa piedad es bastante fuerte para hacer llorar, nota que misericordiosamente (12) se abren sus párpados y empiezan a ver, trémulos, emocionados, con una mezcla de piedad y amor, cómo las cosas se agitan a su alrededor.

Mas ocurre que si los nuevos videntes se callan delante del pueblo, o, si consienten en llevar la condición de los ciegos, son soportados. Y de cuando en cuando, se les permite entrar en un colegio de sacerdotes o de sabios. Si uno de ellos practica la imprudencia de descorrer el velo de la luz, se le cierra la boca con una mordaza y se le destierra.

Pero, si atrae el odio de su patria y de la organización social, por querer explicar con qué medios los ojos se pueden abrir, entonces los grandes, los sacerdotes y los sabios dominan su voz con su griterío (13).

Le acusan de engañar al pueblo y tienen el consuelo de ver a la muchedumbre ciega, en un impulso magníficamente unánime, arrojarse sobre el mentiroso y descuartizarlo».

—o—

¡Pobre Joao Pedroso!

¡Valor, hermano mío!

Aquí, en la Tierra, dentro de esta organización social llena de piedad cristiana, tan magistralmente descrita en la admirable parábola de Han Ryner (14), no existen florestas impenetrables para los ojos de la caridad... No importa donde huyamos, no importa si nos internamos en los sertones (15) o en las selvas silenciosas de voces humanas y de rumores de los duendes legendarios, por todas partes la piedad social irá a buscarnos para la «domesticación», o para «civilizarnos» o para amordazarnos, «condolida» con nuestra suerte...

La vida de Joao Pedroso es todo un símbolo.

María LACERDA DE MOURA

(Trad. de V. Muñoz).

NOTAS DEL TRADUCTOR

1.—«En medio del camino de nuestra vida», frase de Dante que se refiere al cénit vital alcanzado por la persona humana.

2.—Olor que despedían los «crueles» (los civilizados) en la hermosa utopía de Han Ryner «Les Pacifiques» que se desarrolla en el marco continental de la Atlántida, según las referencias que sobre ese hipotético continente desaparecido ofrece Platón.

3.—Clase de Jardineras, Kindergarten, etc. Primera asistencia escolar de los niños.

4.—Palabra griega significando lo que nosotros entendemos por la «sociedad».

5.—Sabido es que los «excedentes» aun en nuestros tiempos, no pocas veces se han lanzado al mar. Otras se queman. Las más de las veces, desde el tendero de la esquina hasta el gran traficante de los monopolios agrícolas, dejan pudrir los alimentos. A pesar de esa «Geografía da Fome» (Geografía del Hambre) que nos describe como existiendo en el mundo, el gran economista brasileño Josué de Castro.

6.—La mayoría de los pobres, a pesar de tener ojos, no ven la realidad de la vida. Loe bárbaros que gobiernan el mundo ya al nacer les prostituyeron la conciencia.

7.—Ratifica este aserto, el vandalismo ignorante de los pobres asesinándose en las espantosas carnicerías de las guerras, fomentadas y alentadas por los bárbaros que dirigen el mundo.

8.—Nace un nuevo rico ((grande, sacerdote o sabio).

9.—Los grandes pretenden ser los «pastores del rebaño» (el pueblo ignorante).

10.—Nace un hombre libre. Y este es el nacimiento que importa. Vivir deambulando como un cadáver por el mundo, es condición bien triste. Ser muerto que camina. A tal efecto enseñaba Sócrates que «son nuestros padres aquellos que nos hacen nacer a la sabiduría y no quienes nos precipitan al banal nacimiento».

11.—Fantasmas que inculcan en la mente del pueblo ciego, los grandes, los sacerdotes y los sabios, para mejor idiotizarlo.

12.—Misericordia, hermosa obra de Benito Pérez Galdós.

13.—Si es un sabio verdadero y no un «prostituto» se conspira contra él mediante «la conspiración del silencio». Cosa que ocurre actualmente con el propio Han Ryner, verdadero Sócrates de nuestro tiempo. Mientras se alzan al pináculo escribas lacayunos y mediocres a distancia, se arrincona a las verdaderas voces humanas.

14.—Parábola extraída del libro ryneriano «Las Parábolas Cínicas».

15.—Lugares desérticos del Brasil, muy bien descritos por la gran obra de Euclides da Cunha «Os Sertoes».

Charles FOURIER, el falansteriano

EN una noche oscura, al principio del siglo diecinueve, un barco se situó en medio del puerto de Marsella y empezó a arrojar su cargamento al agua. Este estaba cargado de arroz el cual se había dejado echar a perder porque su propietario esperaba una alza de precio. Esta clase de cosas eran bastante comunes en esos días y en nuestros tiempos no nos son desconocidas tampoco. Pero este incidente particular llegó a ser memorable por el hecho de que a uno de los amanuenses que presenciaron la descarga le chocó enormemente esta destrucción de alimentos en una época en que miles de hombres y mujeres famélicos deambulaban por las calles y a lo largo de la parte portuaria de la ciudad y además por las carreteras y todos los pueblos de Francia. El nombre del amanuense era Charles Fourier, quien desde aquel momento decidió dedicar su vida a la búsqueda de medios que hicieran imposible tales actos criminales de destrucción. Su promesa habría terminado en éso si Fourier no hubiera sido un hombre de una mentalidad extraordinariamente original.

Aparentemente, Fourier vivía una vida monótona y patéticamente solitaria. El era hijo de un pañero y en su juventud trabajó como representante comercial en Alemania y en los Países Bajos. Más tarde abrió su propia tienda en Lyon y después perdió el negocio como consecuencia de la lucha allí producida durante la Revolución Francesa. Después de éso sirvió dos años en el ejército y finalmente se asentó a vivir los últimos cuarenta años de su vida en la aburrida tarea de un trabajo de oficinas. No se casó y vivió en una sucesión de hoteles baratos y estrafalarios pisos amueblados. Sus amigos más íntimos fueron probablemente los gatos y a ellos se consagró apasionadamente.

Lo que hacía llevadera esta vida al parecer miserable era la naturaleza rica y fantástica del mundo interior de Fourier. En un período de treinta años escribió sus impresiones sobre la reforma del mundo en una serie de grandes volúmenes en los cuales la cosmología y la sociología van mezcladas de la manera más embrollada. La cosmología es sorprendente, entretenida y a veces absurda. La sociología, por otro lado, contiene una gran parte de muy buen sentido común y por esta razón sería bueno si hiciéramos lo posible por separarlas.

Primero, por la cosmología. Fourier había llegado a la conclusión por medio de método que no está muy claro para hombres de razonamiento ordinario, que la vida de la tierra está dividida en tres períodos. El primero, cuarenta mil años, es lo que el llama el período de las vibraciones ascendentes, por el cual quiere decir una época de movimiento continuo y progresivo. Después sigue un período de ocho mil años, el cual es llamado la cúspide de la felicidad. Finalmente, habrá un período de cuarenta mil años, durante el cual el mundo se deteriorará y volverá a su estado de caos presente. Si quedaran algunos hombres al final de este período, éstos serán transportados misteriosamente a otro planeta y la tierra tal como la conocemos, tocará a su fin.

No obstante, esta posibilidad incierta no debe turbar a la gente de hoy día, ya que, según Fourier, nos encontramos en el grado ascendente y vamos acercándonos con rapidez a un gran período de la historia el cual será conocido con el nombre de Armonía y el cual durará el resto de los 35.000 años de las vibraciones ascendentes. Pero los cambios que tendrán lugar cuando entremos en Armonía no están restringidos, de ningún modo, a la sociedad humana. Fourier creía que Dios celebraría la transición con actos de creación especial y da riendas sueltas a su fértil imaginación describiendo lo que estos actos podrían ser.

Nuestra pobre estéril luna sería reemplazada por seis satélites nuevos y brillantes. Sobre el Polo Norte aparecería una especie de corona atmosférica, llamada Corona Norte, la cual derramaría un fragante rocío sobre la tierra. Los mares se convertirían en limonada; el clima, en todas partes se haría temperado y todas las bestias repugnantes serían reemplazadas por otras de cualidades opuestas; el león por ejemplo, por el anti-león vegetariano, la chinche por la anti-chinche olorosa, y la ballena, por la genial anti-ballena que remolcaría los barcos a través de los océanos. Finalmente, la humanidad misma sufriría retoques considerables. Nosotros echaríamos colas con ojos, viviríamos hasta 144 años y practicaríamos un amor activo durante 120 años y después de muertos nuestros cuerpos viajarían por los espacios interplanetarios como nubes de vapores aromáticos.

En esta tierra de hadas de una solitaria, inventiva e indisciplinada imaginación fué donde Fourier plantó su ideal comunidad social. Fourier sostuvo que en el mundo futuro, los hombres se organizarían en 2.985.985 unidades exactamente, llamadas falanges. Cada falange consistiría de 1.600 personas aproximadamente; éstas vivirían juntas en una especie de hotel enorme llamado falansterio, del cual saldrían dariamente al trabajo a campos, huertos y talleres de la comunidad.

La falange, de hecho, parecía ser una especie de compromiso vago entre una empresa capitalista ordinaria y un experimento en cooperación socialista. La gente de dinero sería invitada a invertir su capital en la comunidad, y ella recibiría un interés, aunque Fourier era lo bastante nivelador para estipular que mientras mayor fuera el capital invertido, menor sería la proporción de interés. Toda posibilidad de escasez sería eliminada por la garantía a todo el mundo, de un standard de existencia mínimo. Y aquí Fourier el visionario se desliza calladamente al lugar de Fourier sociólogo, y nos cuchichea que este standard mínimo proveerá comidas que los grandes banquetes de nuestra sociedad presente, comparados con ellos, serían meros bocadillos de pordioseros. Una vez este mínimo más que suficiente estuviese establecido, habría recompensas especiales para aquellos que mostraran diligencia y talento excepcionales.

Fourier basaba la organización del trabajo en su comuni-

dad en la idea bien fundada de que, si el trabajo se hace atrayente, la gente trabajaría porque sería más agradable trabajar que estar ocioso y aburrido. A fin de conseguir este objetivo deseado, Fourier sugería una cantidad de medios. Primero, la gente podría escoger su propia ocupación. Después, estas ocupaciones serían variadas, y Fourier prometía que en su comunidad se esperaba de que nadie trabajara más de dos horas en una tarea. Tercero, los trabajadores se organizarían ellos mismos en grupos de amigos y estos grupos competirían con otros grupos para realizar varios objetivos. Por medio de estos incentivos (elección, variedad, cooperación y competencia), Fourier creía que no habría dificultad alguna en hacer trabajar a la gente. Fourier tenía una respuesta apropiada para la pregunta clásica: «¿Quién hará los trabajos desagradables?». Nos quejamos siempre, hace remarcar, que los niños son animalillos que les gusta revolcarse en la porquería. En vez de lamentar el hecho, deberíamos hacer uso de él, y sugería de que los niños deberían ser organizados en lo que el llamaba «Pequeñas Hordas», las cuales saldrían a la calle cada mañana a limpiarlas y a realizar todos los demás trabajos sucios que los fastidiosos adultos hallan desagradables.

En el presente espacio no puedo penetrar en todos los demás temas tratados en la utopía de Fourier y me contentaré con hacer remarcar unas cuantas de las ideas principales que revelan un discernimiento profundo en las cuestiones sociales que muchas veces relucen a través de la aparente confusión de sus ideas. He mencionado ya su insistencia en la cooperación y en un mínimo standard de vida. Pero hay todavía dos o tres puntos que deben recalcarse. Por ejemplo, Fourier fué uno de los primeros feministas importantes. El reconocía que la mujer del siglo diecinueve a menudo era poco más que una esclava de la casa y que se hallaba casi completamente excluída de toda carrera del mundo exterior. De acuerdo con esto, planeó una organización cooperativa de trabajos caseros que liberaría a las mujeres de la carga perpetua de la cocina, y en otro respecto abogaba por una completa igualdad entre los sexos. Otro de los sentidos en que se anticipó a las ideas modernas fué en su deseo de abandonar las grandes ciudades industriales (justamente formándose en sus días) y reemplazarlas por pequeñas comunidades en las cuales florecieran la agricultura y la industria la una al lado de la otra. En este sentido Fourier fué un importante precursor de los fundadores de las Ciudades Jardines. Pero tal vez su papel más importante es aquel que le fué dictado por su experiencia en el puerto de Marsella. El fué el crítico más riguroso de su época sobre la perpetua destrucción de alimentos, derroche de trabajos y potencial humano que tiene lugar en una sociedad desorganizada.

Fourier creía que las comunidades falansterianas alcanzarían su punto culminante cuando la tierra entrara en su fase de Armonía. Pero pensaba que era posible empezar en seguida sin esperar ningún acontecimiento milagroso como por ejemplo la transformación de los mares en limonada. De acuerdo con esta creencia declaró, que, tan pronto hubiese reunido 1.600 miembros y recogido un millón de francos, estaría listo para dar comienzo al gran experimento que iba a revolucionar el mundo. Ni él ni los pocos amigos que tenía poseían más que una fracción de un millón de francos, pero Fourier se convenció a sí mismo de que un día uno de los capitalistas amistosos abriría la bolsa para la buena causa. En consecuencia Fourier dió a conocer de que él estaría en su habitación cada mañana a las once en punto dispuesto a recibir al bondadoso financiero. Y cada día, durante los últimos de su vida, guardó escrupulosamente su parte de la cita. Pero no llegó ningún visitante, hasta que un día de 1837 Fourier entró en su cuarto y esperó como de costumbre. Un poco más tarde fué encontrado inmóvil arrodillado al lado de la cama; el visitante, aunque tal vez benevolente, no había sido financiero.

Cuando murió Fourier, parecía como si su doctrina fuera a desaparecer con él, ya que sólo reunió un grupo pequeño de discípulos y ninguno de ellos era muy influyente. Pero al pasar los años, los estudiantes de sociología empezaron a revolver sus libros, a separar el sentido común de la elaborada fantasía, llegando a ser evidente que, a su manera estrafalaria, Fourier tenía mucho que decir que valía la pena escuchar. Y entonces empezó a trabajar su influencia en dos direcciones inesperadas.

Primero, durante la década 1830-1840, sus ideas se hicieron populares de golpe, en los Estados Unidos. En esa época uno de los aspectos más interesantes de los exploradores de América era el gran número de experimentos puestos en prática en la vida de las comunidades en todas partes del país. Un escritor ha estimado que en una época, a mediados del siglo pasado, había alrededor de 100.000 personas envueltas en estos experimentos. Muchos de ellos eran grupos religiosos, como los Shakers y Hutterites. Otros estaban inspirados por el cooperativista inglés Robert Owen, y había un grupo considerable que seguía a Fourier. En total fueron establecidos en los Estados Unidos doce falansterios. Uno de ellos, que se llamaba la North American Phalanx, sobrevivió doce años; parece haber tenido un éxito regular y tocó a su fin sólo cuando un gran incendio destruyó todos sus edificios. La mayoría de los otros falansterios fracasaron bien porque carecían de capital o porque sus componentes no tenían experiencia en las labores del campo. La granja mejor conocida fué Brook Farm, cuyos últimos días fueron dominados por las ideas falansterianas, y a través de esta comunidad, con enlaces con Hawthorne, Melville, Emerson y Thoreau, las ideas de Fourier tocaron no solamente el pensamiento político de América, sino también la literatura americana.

El gran movimiento de la comunidad americana pertenece al pasado y en el conjunto la influencia de Fourier tal vez haya sido una de las más importantes, como una especie de luz difusa que ha influenciado a los movimientos libertario, cooperativista y socialista desde sus comienzos. Sus ideas de una sociedad organizada para la felicidad mejor que para el provecho, de garantizar un mínimo standard de existencia para todos los hombres, vienen directamente de Fourier, mientras que fué él quien llamó la atención de los primeros socialistas hacia la cuestión de la igualdad de los sexos y hacia la necesidad de considerar a los niños, no como una propiedad de los padres, sino como miembros de la sociedad, con sus funciones propias particulares. También, con sus enfáticas observaciones sobre el principio voluntario en el trabajo, se irguió contra el autoritarismo que iba implícito en las doctrinas de la mayoría de los socialistas de su tiempo, a excepción de su compañero y contemporáneo Proudhon. Existen, en verdad, muchas ideas fructíferas y revolucionarias en las obras de Fourier que aseguran su lugar permanente entre los pensadores sociales más importantes del mundo.

Sus aspectos más fantásticos no deben ser desechados

La vida y los libros

muy a la ligera. Cuando Fourier fué hacia la política, perdimos un gran escritor de fantasía, y sus especulaciones encontraron por lo menos un eco en la literatura, pues el romance utópico de Lytton, «The Coming Race» (La Raza Venidera), debía tanto a Fourier como las primeras novelas de Lytton habían debido a Godwin. En una época de ciencia ficción, por otra parte, Fourier tiene su puesto como precursor.

Georges WOODCOK

Traducción: J. R.

«1984» Y «LOS DESPLAZADOS» por George ORWELL

EL combatiente inglés en la zona antifascista de la guerra de España, que fué el autor de este libro, nos ha legado a la humanidad varias obras: «Cataluña libre», relato histórico, sincero y leal, testimonio de unos episodios y de una época que deberá ser tomado en cuenta para consulta de historiadores; «La República de los animales» que junto con «1984», el autor predice la vida del mañana cuando el Estado haya llegado a perfeccionar las armas y los procedimientos de que ahora se vale, y «Los desplazados».

En todos sus libros Orwell se descubre un poderoso analizador. El edificio que supone «1984» tiene dos bases fundamentales donde la obra se centra: el Estado y los hombres de ciencia.

«1984» es el Estado elevado a la enésima potencia y perfección, consecuencia y resultado del saber amoral.

Desde luego, a Orwell le ha sido necesario considerar a los hombres de ciencia como entes al servicio del mal, hombres para los que la humanidad ha sido un objeto al servicio de su esquizofrénica ambición de saber. Para los deistas, el hombre es un objeto al servicio de Dios.

De cierta manera, Orwell cumple una misión kropotkiniana. Kropotkine no escribió sobre el resultado que nos daría la ciencia entregada al Estado pero ya indicó, sin que nadie le haya igualado en claridad y concreción, que el hombre de ciencia: médico, ingeniero, químico, arquitecto, por sabio que fuera, cumplía muy mal su misión si olvidaba que era hombre y si no tenía en cuenta que como hombre debería cumplir su papel en la sociedad.

Uno recuerda «El Príncipe» de Maquiavelo. Este daba instrucciones al jefe para hacer un Estado bien dominado, «1984» nos explica el fruto de aquella educación.

Es la vida en una sociedad donde el Estado es todo, la humanidad nada.

El Príncipe, para Maquiavelo, ha de ser más audaz, más calculador, criminal o bondadoso según los casos, que el resto de los humanos.

Maquiavelo instruía. Orwell constata.

La diferencia más importante que sobresale de este paralelismo es que el inglés hace jugar una combinación de hombres de ciencia, toda la ciencia, y el italiano lo limita al cerebro del gobernante.

En ambos casos el hombre es considerado como una materia, al igual que el aire, el hierro o el agua.

Indudablemente, a Orwell le ha servido mucho la existencia en el mundo de regímenes políticos totalitarios. Indistintamente ha empleado el comunista y el fascista para ver en ellos, con la ayuda de la ciencia, el principio del Estado perfecto.

En 1984, las habitaciones, la calle, el taller, el campo, toda la existencia está vigilada y registrada por aparatos (telepantalla) desde donde el «hermano grande» vigila. No es, pues, cuestión de tener un policía en los talones, siguiéndote los pasos; se trata de que a todas las horas del día y de la noche el individuo puede ser fotografiado; puede registrarse, no solamente su voz, sino su respiración, y no solamente su respiración, sino su pensamiento.

El genio de Charlot descubierto en «Tiempos Modernos» no es más que una débil idea de lo que Orwell escribe en «1984».

La misión de control la lleva a cabo la Policía del Pensamiento.

El Ministerio de la Verdad tiene a su cargo todo lo concerniente a noticias, divulgación, educación, etc.

El Ministerio de la Paz se ocupa de la guerra. Al del Amor corresponde el orden y la legalidad. Al de la Abundancia, la economía.

En la sociedad de «1984», la tenencia de un libro, aunque sus páginas estén en blanco, puede resultar un compromiso capital.

La ausencia de leyes permite que no pueda encontrarse materia de delito, no obstante, el de pensar es uno que se paga con la muerte.

Al ciudadano no le es permitido contar el tiempo. No hay calendarios y además, eso de saber la hora que es y el día en que se vive es privativo del Gobierno.

Como durante la época de Borgia en Roma que todos eran hermanos — Borgia era uno —, en «1984» todos son camaradas. Stalin, por ejemplo, no hace mucho, también lo era.

Los documentos viejos no se queman, se modifican veinte veces si es preciso. Guardan tan sólo la fecha pri-

mitiva. El «Times», y es un caso, dirá en todo momento lo que quieran que diga los gobernantes de turno.

Nadie se atreverá a decir lo contrario, de ello ya se encarga el Ministerio de la Evaporación. En éste trabaja una mujer, que en cierta manera le es un oficio muy indicado, pues su marido fué uno de los evaporados. A fin de que en ninguna parte consten rastros de muertos, el Ministerio de la Evaporación tiene servicios montados para borrar todo indicio de existencia. Así los muertos no son muertos, son «impersonas».

El sistema pedagógico es una maravilla de Escuela al servicio del Estado: a los tres años los niños no tienen más ilusión que el tambor, la ametralladora y el autogiro; a los seis, forman parte del cuadro de espías; a los nueve, pueden ser jefes de pelotón; a los once, su deber cívico les obliga a ser delatores; a los diez y siete forman parte de la Liga Juvenil Antisexual; a los diez y nueve, Ogilvy, por ejemplo, que inventa una granada de mano es condecorado y pasa a formar parte del Ministerio de la Paz.

No cabe duda que en estos detalles entra de lleno la posibilidad de un paralelismo con los sistemas pedagógicos vigentes en los países bolcheviques y vaticanistas.

Los delincuentes del Pensamiento son ejecutados en los sótanos del Ministerio del Amor. Mientras, el Estado se ocupa de eliminar todo motivo de delito. Incluso el del pensamiento. Para ello existe el «Neohabla», nuevo idioma que en medio siglo ha de permitir que nadie pueda entenderse porque nadie podrá pensar por falta de medios de expresión, con ello será imposible la delincuencia del pensamiento.

«1984» es un libro con el que se condena, al retratarlo, el totalitarismo como idea social. También se condena al Estado cuando se erige en rector de la sociedad; a la vida y costumbres estatales de las sociedades religiosas y conventos, etc., y sobre todo, al mundo de la ciencia que, cual verdaderos desalmados, entregan su cerebro para oprimir, cuando no matar, a la humanidad.

Después de cuya lectura, la lucha anárquica se hace más necesaria.

«LOS DESPLAZADOS»

Según el título, este libro podría ser suscrito por la mayor parte de los que han debido verse desplazados por un motivo u otro. Y jamás, título no estuvo más de acuerdo con su texto.

Yo no sé cuánto de vivido habrá escrito en este hermoso libro, el distinguido autor que es Orwell, lo que sí sé es que ofrece imágenes que, para quienes como los españoles hemos debido sufrir tantos desplazamientos, geográficos, costumbristas, morales y ambientales, este libro es buena parte de nuestra agitada vida.

Querella de público en un hotel acallada por el paso de un desfile militar. Primera imagen que Orwell observa de la que se desprende que el militarismo se impone hasta fuera de lo que se concibe como vida pública.

La moral del día queda descubierta con lo siguiente: «Ahí estaban los Rougier, una pareja de viejos enanos, harapientos, que ejercían un comercio extraordinario. Vendían tarjetas postales en paquetes cerrados, como si fueran pornográficas, pero en realidad se trataba de fotografías de castillos del Loire».

Es quizá en este libro donde Orwell se expresa con más riqueza literaria a la vez que sienta plaza de gran psicoanalista: los lugares, los personajes, desde madame F., la patrona, hasta el taciturno Henri, que sólo cuando le clavó un cuchillo a su querida obtuvo que ésta le amara, pasando por todo un mundo «flotante» donde se juntaban picapedreros, albañiles,. peones, estudiantes, prostitutas, traperos, frecuentadores de la Sorbona, teólogos, borrachos, cuerdos y excéntricos, todos son analizados, cual lo hubiera hecho un Freud, a través de la lupa social.

Con cuatro palabras te describe un personaje. De la hotelera dice: «Una mujer con rostro de vaca pensativa». Cada vez que veía a una de sus amigas le recordaba su cara «un plato de ternera fría con tomates».

«La pobreza provoca mezquindades y embustes. Un hombre hambriento es sólo un vientre con algunos órganos accesorios. De la pobreza suele surgir el gran carácter del hombre».

Este carácter puede ser bueno o malo. En todo caso, ni lo uno ni lo otro es producto de la voluntad. Es un resultado que escapa a las apariencias. En su origen está la sociedad, ejerciendo cual un dogal, una presión asfixiante.

Es inglés, su protagonista, como él, — ¿es acaso su propia historia? —, y los hechos que cuenta de los desplazados tienen lugar en Francia. «En el frontispicio de la casa de empeños se lee «Liberté-Egalité-Fraternité». Que eso se escriba hasta en las casas de empeño le choca, aunque lo encuentra normal cuando piensa que incluso lo está en las comisarías de policía.

De los escritores se expresa con dureza, al menos de algunos. «Escribir es una tontería. Sólo hay una manera de hacer dinero escribiendo, es casándose con la hija de un editor.» (En la época en que Orwell escribió el libro, Françoise Sagan no había surgido todavía).

Relata unos episodios cuyo epicentro es una familia judía. Yo creo que aquí Orwell es un poquito demasiado duro. Claro que son palabras que coloca en labios de un ex-oficial ruso pero no obstante, la ironía es de plomo: «Yo le diré lo que son los judíos. Una vez, en los primeros meses de la guerra, un judío horrible, con barba roja como la de Judas, me ofreció una chica por 50 francos. Como le dijera que no quería pescar enfermedades me garantizó su salud diciendo que era su propia hija.» «He ahí el carácter nacional de los judíos.» «En el antiguo ejército ruso era mal visto escupir a un judío... la saliva de un oficial zarista era demasiado preciosa para arrojarla sobre un judío.»

Explica también los efectos y sensaciones que provoca el hambre: «Una inercia completa», obligación de salivar con frecuencia, una saliva vellosa y blanca y... el pensamiento fijo en la comida.» Eso es el hambre.

Desmenuza y defiende los intereses de los trabajadores. Retengamos lo que dice del camarero y de todos los empleados de un hotel: «El obrero no es más que una bestia bien alimentada, piensan los patronos, aunque sea un muerto de hambre.»

Tuvo ocasión de hacerse periodista. Una oficina bolchevique lo contrató para que escribiera en un periódico al servicio de Rusia. El se comprometió debido a que no encontraba trabajo de ninguna clase. El problema difícil de resolver era que no conocía nada de ideas ni historia bolchevique. Un amigo suyo le sugirió que adquiriese periódicos ingleses y que los tradujera.

«—Sí, pero, los periódicos ingleses son anticomunistas, repuso.»

He aquí nuestra LUISA MICHEL POETA

III

SEGUIR a Luisa Michel en la multiplicidad poética que nos ha legado, no es cosa fácil. Tan pronto nos recuerda el pasado a través de versos, tales como el que expresa «La manifestación de la paz», como bordea el Imperio, que ya se hunde, en «Los vigilantes de noche» y en «El 15 de agosto de 1870». En un momento dado grita «Viva la República», grito que espera será repetido por toda la ciudad llegado el caso. Desgraciadamente no fué así y el grito que ésta dió fué: «Al prusiano». No por mucho tiempo, desde luego, pues la Comuna estaba próxima y con ella las más inmensas esperanzas renacen. Los versos de esta época dan una idea de la situación. He aquí los primeros:

«Escuchad: se oyen sobre la tierra pisadas fuertes;
»es una etapa humana, es con esos que iré.»

Enamorada de la Revolución, Luisa Michel la canta y la vive olvidándose totalmente de sí misma. Para ella no existe el peligro y muchas veces se muestra temeraria. Sobre esto tendríamos muchas y muy bellas anécdotas a contar. Es la propia Luisa que, con suma simplicidad, las ha contado. Pero, ¿cómo creer que despreciaba el peligro si ni siquiera pensaba que pudiera existir.

Desgraciadamente llegó la hora del dolor. Fué en las postrimerías de la Comuna. Al entusiasmo de los primeros días sucedió el cansancio, la desesperanza, el abandono e incluso la traición. Ninguna consideración se tuvo con el corazón generoso y noble de esta mujer, que iba a asistir pronto a la derrota que llevó tras sí la más cobarde y cruel de las represiones que registra la historia de Francia.

En el fragor de aquella masacre incalificable, mientras algunos se ponían a salvo de los golpes o, si se arriesgaban, era para huir de la soldadesca desencadenada y borracha de sangre y de muerte, Luisa Michel parmenecía en su sitio desafiando a la muerte. Y no faltó mucho para que quedara tendida para siempre en el campo de batalla segada por una descarga de fusilería. Pudo, no obstante, levantarse a tiempo, y se fué a su casa preocupada como estaba por la suerte que hubiera podido correr su madre. Pronto se enteró de que había sido detenida por los agentes del gobierno. Y es a fin de liberarla que Luisa Michel se presentó a sus verdugos. Ardía en ella un amor filial que muchas veces había cantado en sus poemas, y, llegado ese momento, era preciso demostrar que tal amor era sincero. De ahí que no dudara un solo instante en presentarse a los versalleses.

Vencida la Comuna por Versalles, la reacción se precisa. Entonces se manifiesta en Luisa la necesidad de gritar su desprecio y su odio a los vencedores, su piedad y su amor hacia los vencidos y de proclamar su noble esperanza en días mejores. De que esos días llegarán para poner fin a la victoria efímera de las fuerzas de la tiranía sobre el espíritu libre, Luisa Michel está plenamente convencida. Ella no se resigna en absoluto; al contrario, manifiesta insistentemente su rebeldía, pues, a pesar de que se encuentre encarcelada, su espíritu permanece libre, y maravilla ver el acento fervoroso que pone cuando profetiza un mañana más justo y feliz

Desde la cárcel de Versalles escribe en junio de 1871:

No obstante encontró solución a su problema. «Lo diría todo al revés.»

Después de los escritores y de los periodistas examina los intelectuales: «Sabemos que la pobreza es desagradable. Lo lamentamos por las clases bajas, como lamentamos que un gato esté sarnoso.» «Así que, queridos hermanos, puesto que tenéis que transpirar para pagar nuestros viajes de recreo, transpirad.»

Esta es la opinión que se desgaja, según Orwell, de centenares de ensayos. «No es que los intelectuales estén del lado de los ricos, es que no quieren comprometer sus comodidades. Son aunque liberales, conservadores. Ello, más que por nada, por temor a la masa.» «Sonríen a los ricos o al poder, en ambos casos, con un sólo objetivo: el de asegurarse una renta.»

En cuanto a la sociedad, «Un esclavo, decía Marcus Cato, cuando no duerme tiene que estar trabajando.»

Ley todavía en vigor.

En fin, del mendigo a la gente «respetable», las religiones, la caridad, las leyes, los jueces, los nobles, los siervos. Todos pasan y se dibujan en la pluma punzante y cortante, cual cuchillo recto y justo, como es la de George Orwell.

Del sacerdote que distribuyó bonos a más de cincuenta pobres, como lo hiciera sin decir palabra, cosa que extrañó a todos, puesto que la misión del sacerdote no es de conquistar para dar sino la de dar para conquistar, alguien susurró: «Este no llegará a obispo.» Otro cura lo delató.

Orwell no es menos riguroso para con las mujeres; con tanta sorna como triple intención,el autor escribe: «Pero las mujeres cantaban muy suave y dulcemente: «¡La culpa es de los hombres, esos sucios bastardos!»

«Los desplazados» explica contundentes aspectos sociales de intramuros en París y Londres.

M. CELMA

«A través de la reja los días transcurren siniestros;
«Pasad, pasad, pasad, pasad siempre,
»Llevaos todo, los odios y los amores.»

«La revolución vencida» es un poema de alto vuelo en el que se afirma la esperanza.

«Nosotros volveremos, muchedumbre sin número,
»espectros vengadores surgirán de la sombra;
»nosotros volveremos cogidos de la mano,
»la muerte llevará las banderas.»

En la Central de Auberive, el 28 de noviembre de 1872, compone todavía otro: «Invierno y noche».

«He aquí Versalles capital corrompida,
morada de cortesanos y lacayos.
El progreso no se detiene,
es la hora en que caen las coronas,
lo mismo que al fin de un frío otoño
caen las hojas de los árboles.»

En 1871, estando en Versalles, se dirige a los vencedores a través de «Eternidad». En dichos versos proclama su vergüenza y su disgusto, pues entre esos vencedores abundan los traidores.

«Que seamos mandados al exilio o fusilados,
»exilados o muertos, poco importa,
»pues siempre renacerá la libertad.
»Nosotros cansaremos vuestra rabia,
»para lanzaros fría, asesinos,
»nuestra sangre a la faz, constantemente.»

Luego vino su deportación a Nueva Caledonia. En el Océano y desde tras las rejas de la cárcel a la deportación, Luisa Michel va a rimar la vida. Con Henri de Rochefort, que también se encuentra a bordo del «Virginia», intercambia algunos poemas. A «La Virginia», dedicado por Rochefort a la vecina de tribor, Luisa Michel responde con «A bordo del Virginia». Era ésta una forma poética de comunicarse que estaba muy en boga en la época. Nadie puede negar que era atractiva y encantadora.

Luisa Michel, una vez llegada a las tierras de exilio, reemprende su apostolado y se entrega de lleno a la tarea de educar a las poblaciones indígenas de Nueva Caledonia. Y cuando ella vuelve a Francia con los últimos deportados, fué igualmente para proseguir su apostado. Pero traía consigo, además de leyendas, cuentos y sus «Oceaniennes», un manojo de poesías varias de las cuales encontramos en su colección «A través de la vida».

Todas ellas (nueve en total), quedan recogidas bajo el título general «Les Oceaniennes». No he hablado de ellas al hacer la presentación de la colección antedicha, porque me reservaba el derecho de hacerlo en el momento oportuno.

«Les Oceaniennes» nos trasladan a dicho período. «Oceanie» y «Sous les flots», ponen de relieve los encantos del mar, mientras que «Soir d'Eté» y «Sous les Niaoules», cantan las bellezas de las nuevas tierras que pisa.

En enero de 1879, Noumea le inspra «Nouvel-An», con cuyos versos viene a poetizar sus esperanzas, hundida en el seno de este desierto silencioso y monótono, en el futuro desconocido, confiando en que se presentarán días más felices y se vislumbrarán más amplios y más bellos horizontes.

«Que el vuelo de los años deje caer sobre la tierra,
»para todos los que vivan, cuando seamos polvo,
»justicia, paz y libertad.»

Luisa Michel compone muchos otros poemas cantando el paisaje caledoniano, en los que se mezcla la leyenda, el Océano, la montaña y la vida, en los que descubre un universo cada día más hermoseado por las bellezas de ese nuevo mundo de tormentosas cimas.

HEM DAY

(Traducción de J. Borraz.)

(Concluirá.)

ADVERTIMOS A NUESTROS LECTORES, QUE TODOS LOS LIBROS QUE SE COMENTAN EN LA SECCION «LA VIDA Y LOS LIBROS», PUEDEN ENCONTRARSE EN EL SERVICIO DE LIBRERIA DE LA C.N.T. DE ESPAÑA EN EL EXILIO, 4, RUE BELFORT. TOULOUSE (H. G.)

La palanca de Arquímedes

EL anarquista es—en los tiempos que corren—, el único ser capaz de mantenerse firme en su posición ideológica, cualquiera que sea la circunstancia o la situación que ocupe. ¡Recorred el ancho mundo! Lo veréis en la avanzada, sólo y rodeado de un ambiente hostil o indiferente, y lo veréis—también en la avanzada—, unido a sus hermanos de ideas y aspiraciones, en medio de situaciones placenteras que le infundirán coraje, decisión y optimismo. Siempre en primera línea y siempre interior y profundamente feliz de poder alimentarse con el pan ideológico que le da vida y robustez. Si le quitáis su idea, su acracia, su esperanza de justicia revolucionaria, podéis estar seguros de haberlo asesinado. No tiene escapatoria entonces. Lo mismo que un gorrión enjaulado, morirá él en la jaula de la material bestialidad. Intentad arrancarle su idea—su libertad—, y lo veréis pelear como él sólo es capaz de hacerlo. Ahí aprenderéis hasta qué grado un hombre se dignifica en la lucha; hasta qué altura lanza las alas de su encendido pensamiento; con qué garra tiene el valor de atacar al enemigo.

Libre, el anarquista es dócil—hasta donde es posible serlo en una sociedad de lobos y corderos como la presente—, es todo solidaridad, comprensión y amor.

Ningún otro espécimen seudorevolucionario es capaz de sostener su posición hasta el fin, «cuando las cosas se ponen feas». En cualquier otro campo «ideológico», encontraréis los tránsfugas, los «corredores», los arrepentidos por que sí—porque les da la gana—, cuando la vida les ofrece una prueba de hierro, cuando los lanza sobre las sedientas arenas del árido desierto, cuando deben hacerle frente a la lucha solos, porque la «inmensa mayoría» se desorienta por caminos diferentes y torcidos. Ahí encontraréis aquel que ayer aullaba contra esto o contra aquello, aprobando hoy cuanto ayer al parecer negaba. Unos tropezaréis con éste que ha «evolucionado» hacia atrás, como un cangrejo cualquiera, porque si todos piensan diferente y todos se ponen en su contra para torturarlo, quiere decir que él estaba equivocado. Lo veréis con sólo abrir bien los ojos y enfilar rectamente la mirada.

El anarquista no; él sabe que cuando afirma su idea no se equivoca, porque ella es parte importante y primordial de su existencia; porque su temperamento—la brújula más sensible e indicadora de la realidad del hombre—, le marca siempre la dirección exacta del bien, manifestado como meta multitudinaria. Y él barometrizará cualquier ambiente, de acuerdo a los grados que su mismo temperamento vitalice, de tal manera que no encontrará obstáculo insalvable para influenciar y defenderse de cuanta fanfarronada se le tire al rostro, con la pretensión de asustarlo, dominarlo y romper su defensa libertaria.

No, no; es inútil que intentéis contra él cualquier absurdo; torpe que lo amenacéis con la desintegración atómica. El conoce lo bastante los quilates de su envergadura humana, sabe de historia—de la buena..., y se encuentra al corriente de que en habiendo poder de voluntad para hacer frente a las peores amenazas, la Humanidad—de la que él se considera partícula decisiva—, continuará adelante, y los monstruosos dominadores de robots—instrumentos de muerte—, cederán un día y serán, ellos sí, no cabe duda, desintegrados por su misma pretensión destructora y ruín.

El anarquista sabe que la voluntad de oposición al exterminio, a la indignidad y al escarnio esclavista, es lo suficientemente fuerte como para operar «milagros», en los que todos creen menos él que no acepta más milagro que el de las posibilidades innatas en el seno del hombre.

Cuando uno de los más grandes genios anarquistas que la humanidad ha producido, dijo su palabra de oro, estaba perfectamente convencido—con matemáticas al canto—, de que la palanca que exigía no era nada de milagrosa, sino que una maravillosa fuerza real y enteramente humana—al alcance de todos—, la que tarde o temprano movería montañas y haría por la libertad del hombre lo que nadie todavía es capaz de vislumbrar siquiera.

La palanca de Arquímedes, la utiliza el anarquista en todo momento, para realizar la osadía de vivir, pensando en los demás, cuando defiende su derecho a exigir respeto a su dignidad y a propagar mensajes de alcurnia revolucionaria. Con ella se afirma y mueve mundos que de otra manera se pudrirían bajo los efectos del cómodo estancamiento que produce la inactividad de pensamiento y de acción positiva. Todo lo que le rodea—siempre y en cualquier latitud donde se encuentre, sólo o en compañía—, recibe la presión del impulso anarquista que no cesa de latir en aquel que siente la necesidad de que sus semejantes sean libres, para poder ser verdaderamente libre a su vez, y, económicamente abastecidos, para que a él no le falte lo necesario para su subsistencia física.

Cuantos niegan la posición anarquista, persiguen paraísos artificiales e imposibles; viven de milagros e ignoran una realidad tan clara y tan objetiva como lo es la palanca de su entera personalidad, fácilmente transformable en idea de rebelión libertadora. Por eso comprobaréis que para ellos todos los colores son lo mismo; y que todas las posiciones pueden ser fielmente mantenidas y fácilmente recompensadas. Al menos, como vulgarmente se entiende «mantener» y «recompensar».

Sólo la idea anarquista—y el anarquista—, se mantienen y se recompensan por sí mismas. Dadle la palanca a Arquímedes y se sentirá feliz de remover el mundo para mejorarlo. ¿Y sabéis cuál es esa palanca? La vida misma en toda su plenitud de libertad transformadora. Las cadenas sólo moldean monstruosas bestialidades.

COSME PAULES

MICROCULTURA

1. — En diciembre pasado declaró en Tulsa (Oklaoma) el famoso físico nuclear Edward Teller, que a menos que la energía atómica no sea pronto dedicada a usos pacíficos, la Tierra se expone al peligro de tremendas inundaciones a la vuelta del siglo XX. debido al supercalentamiento.

2. — La de Mauvoisin (Suiza) será la represa más grande del mundo con sus 241 metros de altura.

3. — En 1957 la población censada de los Estados Unidos era de 168.091.000 habitantes.

4. — La isla de Célebes está al sur del Pacífico, en el archipiélago indonesio.

5. — La isla más pequeña de «las cuatro grandes» del Japón se llama Shikoku.

6. — El nombre oficial de Jordania es Al-Mamlakah Al Hashimiyah Al Urdiniyah.

7. — El satírico y comediógrafo más grande de Grecia fué Aristófanes. Criticó magistralmente a los políticos en «Los Arquenienses»; a la guerra en «La Paz»; y en «Las Ranas», a la sociedad arquista.

8. — Las regiones principales de Libia son Cirenaica, Tripolitania y Fezzán.

9. — Waldo Frank fué quien escribió «España virgen».

10. — Aunque más de 100 especies de pájaros se han extinguido durante los dos últimos siglos, ninguna se ha extinguido en Africa y solamente una o dos en Asia, América del Sur y Australia.

11. — En 1564 nació William Shakespeare, el más notable poeta dramático conocido en Inglaterra, fallecido en 1616, autor de tragedias y comedias consideradas como maestras.

12. — Las aves tienen un sistema de aire interno acondicionado que las mantiene frescas cuando el calor generado por la actividad muscular así lo requiere. Son bolsas tubulares y membranosas, que se extienden a lo largo del cuerpo.

13. — Se llama «keratosis» al endurecimiento de la epidermis.

16. — También en 1616 falleció Miguel de Cervantes Saavedra, ilustre figura de las letras españolas.

15. — La velocidad es responsable del 60 por ciento de los accidentes de tránsito automotor.

16. — Capillana fué une princesa peruana del tiempo de la conquista que se enamoró de Pizarro. Después del asesinato de éste, se hizo religiosa. Murió en 1549.

17. — Los pájaros, que siguen siendo mejores voladores que el hombre, emplean sus alas tanto para la propulsión hacia arriba como hacia adelante, mientras los aviones emplean alas para el ascenso y hélices o «chorros» para el movimiento hacia adelante.

18. — El Kloet es un monte volcánico de Java, célebre por sus terribles y frecuentes erupciones.

19. — En 1775 nació en Londres Joseph Turner, famoso pintor y grabador. Falleció en 1811.

20. — Se llama en México «lambiche» a la persona aduladora en demasía.

21. — Las patatas y las coles proveen vitamina C para el cuerpo humano. También la ofrecen las naranjas, pomelos, tomates, fresas y legumbres.

22. — Alfonso Martínez de Toledo fué «el Arcipreste de Talavera», literato español nacido en Toledo y cuya obra más famosa se ha denominado «El Corcacho» por creerse inspirada en «Il Corbaccio» de Boccaccio.

23. — Un auto frenado mientras avanza a razón de sesenta kilómetros por hora, patinará tres veces más sobre un pavimento húmedo que sobre el mismo, una vez seco.

24. — En 1831 murió James Monroe, autor de la famosa doctrina que rechaza toda intervención política europea en los asuntos de América.

25. — Se personifica al pueblo inglés en general y a los ingleses en particular, con el nombre de «John Bull». Fué empleada por vez primera en un escrito satírico de John Arbuthnot.

26. — En 1851 nació Vital Aza, poeta y autor dramático español, de celebrado ingenio, fallecido en 1912.

27. — Toda aislación destinada a proteger eficientemente contra el calor o el frío debe mantenerse perfectamente seca.

28. — Se llama «fámula» a una criada doméstica.

29. — El 24 de abril de 1521 fueron decapitados los comuneros de Castilla.

30. — En los aviones de pasajeros se sirven comidas especiales a causa de ciertos cambios que se producen en el organismo humano a grandes alturas. Los platos son livianos y espaciados uno de otro porque la digestión se retarda y los alimentos permanecen más tiempo en el estómago que lo que sucede al nivel del mar.

31. — Un «freo» es un canal estrecho entre dos islas o entre una isla y tierra firme.

32. — El 26 de abril de 1711 nacía en Edimburgo, David Hume, historiador y filósofo, creador de la filosofía fenomenista, autor de un célebre «Ensayo sobre el entendimiento humano».

33. — Una importante ventaja del uso de cañerías de magnesio para el transporte de petróleo reside en que al golpearse no producen chispas como los tubos de metal ferroso.

34. — El «Surinam» es la Guayana Holandesa.

35. — Se llama «galianos» a la comida que hacen los pastores con torta cocida a las brasas y guisada después con aceite y caldo.

36. — En 1731 moría Daniel Defoe, el autor de «Robinson Crusoe», novelista inglés nacido en 1660 y que finalizó sus días en la miseria.

37. — Se llama «gamacismo» a la pronunciación defectuosa de las letras guturales, especialmente de la g.

38. — Un «jusello» es una colección de narraciones legendarias en lengua galesa del siglo XII.

39. — En 1798 nacía Víctor Eugenio Delacroix, célebre pintor francés, colorista brillante y atrevido innovador, animador de la escuela romántica. Murió en 1863.

40. — Para desgracia de la humanidad en 1812 nació

Alfredo Krupp, fundador de la afamada casa de cañones que lleva su nombre.

41. — La «micra» es la millonésima parte de un metro.

42. — En 1521 Magallanes fué asesinado por los indios de la isla de Mactan. Portugués de origen, había nacido en 1470.

43. — Se llama «deicidio» al supuesto homicidio del hipotético Cristo.

44. — Una «caseta» o «derrota» es en los barcos, la cámara o habitación sobre cubierta, en la que se guardan los mapas y derroteros.

45. — En 1791 nacía Morse, el inventor del telégrafo que lleva su nombre. Pintor y físico norteamericano que falleció en 1872.

46. — Federico Smetana fué un compositor y pianista checo qué fué el iniciador y más destacado representante del movimiento de renovación musical en su país (1824-1884).

47. — El 27 de abril de 1820 nació Herbert Spencer, filósofo inglés, fundador de la doctrina evolucionista. Es autor de «The Man versus the State» (El hombre contra el Estado).

48. — Se llama animal «carpófago» al que principalmente se alimenta de frutos.

49. — En 1871 moría en París Charles Paul de Kock, novelista francés de gran popularidad, que cultivó el género picaresco.

50. — Se llamaba un «catascopio» en la antigüedad a una nave muy ligera que se empleaba para transmitir noticias.

51. — El celebrado músico autor de «La Viuda Alegre», «Casta Susana» y otras operetas muy populares, Franz Lehar, nació en 1870.

52. — Se entiende por «viroide» al término general para cualquier específico biológico empleado en inmunización.

53. — Una comida muy popular en Ecuador es el «chiguil», masa de maíz, huevos y queso.

54. — Se llama «zimofito» a la bacteria que produce fermentación.

55. — En 1696 moría Madame de Sevigné, célebre literata francesa, autora de admirables cartas que escribió a su hija Grignan.

56. — Otro malhechor de la humanidad fué el holandés barón Memro de Cohorn, ingeniero militar (1641-1704), inventor del mortero guerrero.

57. — Se llamaba antes un «chofista» al estudiante pobre que se alimentaba con chofes (pulmones de ternera u otra res), por ser alimento muy barato.

58. — En Costa Rica se llama «yuré» a una palomita que abunda mucho en el país.

59. — En 1759 murió Jorge Haendel, gran músico alemán. Dejó gran número de óperas, escritas en estilo lleno de nobleza, potencia y majestuosidad.

60. — El 14 de abril de 1872 comenzó la segunda guerra carlista.

61. — El rosmarino es el color rojo claro.

62. — La gemiparidad es la reproducción de ciertos seres vivos por medio de botones o yemas.

63. — Un «hipocausto» era una habitación romana que estaba caldeada por debajo de su pavimento.

64. — La zanfonía es un instrumento musical de cuerdas, parecido al mandolín, que se toca dando vueltas a una manivela.

65. — En 1912 ocurrió el hundimiento del «Titanic», que causó más de 1.500 víctimas.

66. — El 14 de abril de 1931 se proclamó la segunda república española.

67. — Séptico es lo que produce infección o putrefacción. Por lo tanto, aséptico, es lo que está libre de infección o putrefacción y, antiséptico, lo que se emplea para combatir la infección.

68. — Se llama redopelo la acción de pasar la mano a contrapelo.

69. — Los marcomanos eran un pueblo oriundo de Bohemia que invadió a Italia, en tiempos de Marco Aurelio.

70. — La nosogenia es la parte de la medicina que estudia el origen de las enfermedades.

71. — En 1696 murió en París, Jean de la Fontaine, literato français, nacido en 1621, autor de fábulas que gozan de universal fama y, que en parte fueron traducidas por Samaniego.

72. — El Veronés fué un pintor italiano de la escuela veneciana, autor de «Las Bodas de Canaan» y de «El rapto de Europa» (1528-1588).

73. — En 1832 nació Juan Montalvo, célebre escritor ecuatoriano, fallecido en París en 1889. Entre sus obras escritas, con bellísimo estilo, deben citarse: «El Espectador», «Los Siete Tratados» y, «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes».

74. — Perlesia es una enfermedad cuyos síntomas son la debilidad muscular acompañada de temblores y de parálisis.

75. — Ganar el pan, significa la expresión latina «pane lucrando».

76. — El higroscopio es un aparato que mide la humedad del aire.

77. — En 1764 murió Madame de Pompadour, célebre cortesana francesa.

78. — El 15 de abril de 1938 los fascistas españoles llegando al mar por Vinaroz, cortaron a la España libre en dos partes.

79. — Muere en Filadelfia durante el año 1790 el inventor del pararrayos, Benjamín Franklin, notable hombre de ciencia y autor del celebrado libro «La ciencia del buen hombre Ricardo».

80. — Valmiki, poeta indio, muy anterior a Homero, fué el autor del célebre poema «Ramayana».

81. — Uxmal es una antigua ciudad maya, uno de los centros de civilización de la América precolombiana, situada en Yucatán (México).

82. — El literato colombiano Jorge Isaacs (1837-1895) es el autor de la hermosa novela «María» que ha sido traducida a varios idiomas.

83. — Los utricularios eran los que, en tiempos de los romanos, atravesaban los ríos valiéndose de odres.

84. — La vendedora de cosméticos Jacqueline Cochran es una aviadora americana que atravesó la barrera del sonido en un avión de propulsión a chorro.

85. — El 19 de abril de 1824 moría Lord Byron, famoso poeta inglés nacido en Londres en 1788, autor de «Don Juan» y «Child Harold», obras atormentadas, violentas y tempestuosas, como su carácter y su propia vida.

Una realización de

SUNO

Société Générale d'Impression, 61, rue des Amidonniers.—Le Gérant : Etienne GUILLEMAU. Toulouse (Hte-Gne.)

POETAS DE AYER Y DE HOY

EL NIDO

Suspendido del gajo tembloroso
que lozano vigor antes tuviera,
con su carga de amores hechicera,
se mece al viento el nido rumoroso.

Aunque lo azote invierno tempestuoso
y en torno de él sus nieves aglomera,
hay flores en el nido, y, lisonjera,
lanza el ave su cántico armonioso.

Y seguirá del gajo suspendido,
con el ave triunfal del himno tierno,
como la flor que a la escarcha ha resistido...

Así mi corazón tiene su invierno,
pero columpia, semejante al nido,
flores y cantos en va-y-ven eterno.

Horacio F. RODRIGUEZ

●

EL POEMA DEL NIDO

Lluvia de perlas, nube de aromas,
visten los campos primaverales;
rubias espigas, las verdes lomas;
nieblas azules, los manantiales.

La agrestre lira de los amores,
vibra en los sauces de la ribera,
y allá, en un toldo nupcial de flores,
cantan su dicha dos ruiseñores
una mañana de primavera.

Dióles el campo, césped mullido;
dióles el viento, música y galas;
y ellos, cantando, cubren su nido,
ya con sus besos, ya con sus alas.

Todo era flores en la pradera;
todo era nubes de oro en los cielos;
era una tarde de primavera
cuando arrullaron, por vez primera,
los ruiseñores a sus hijuelos.

J. J. ROSSEL

(Trans. V. M.)

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

COLECCION «RADAR»

«Origen del socialismo moderno»: Horacio E. ROQUE, 150 francos.
«Biografía Sacra»: Luis FRANCO, 200 fr.
«Capitalismo, Democracia y Socialismo libertario»: A. SOUCHY, 130 fr.
«Alejandro Korn, filósofo de la libertad»: F. ROMERO, 150 francos.
«Arte, poesía, anarquismo»: Herbert READ, 150 fr.
«Ni víctimas ni verdugos»: Albert CAMUS, 100 fr.
«Reivindicación de la libertad»: G. ERNESTAN, 150 fr.

COLECCION «CENIT»

«Ideario»: Ricardo MELLA, 250 fr.
«El fascismo en la ideología del siglo XX»: Carlos M. RAMA, 130 fr.
«Frente al público»: Sebastián FAURE, 130 fr.
«Antología Libertaria»: Textos de Eliseo RECLUS, Miguel BAKUNIN, Pedro KROPOTKINE, Cristina CORNELISSEN, Carlos CAFIERO, 130 fr.
«La Grecia Libertaria»: Han RYNER, 60 fr.
«Biografía de Bakunin»: James GUILLAUME, 60 fr.
«Crítica anarquista de la sociedad actual»: Profesor OITICICA, 50 fr.

BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

«Horas de Lucha»: M. G. PRADA, 550 fr.
«Teatro argentino de Alberto Ghiraldo» (2 tomos), 1.650 francos.
«El sistema cooperativo»: James PETER WARBASSE, 600 francos.
«De la crisis económica a la guerra mundial»: Henry CLAUDE, 500 fr.
«Incitación al socialismo»: Gustav LANDAUER, 600 fr.
«Génesis, esencia y fundamentos del socialismo»: Emilio FRUGONI (2 tomos), 1.300 fr.
«Civilización del trabajo y de la libertad»: Curio CHARAVIGLIO, 630 fr.
«Obras completas de Rafael Barret» (3 tomos), 2.200 fr.
«Historia del Primero de Mayo»: Maurice DOMMANGET, 1.200 fr.
«Democracia cooperativa»: James PETER WARBASSE, 1.000 francos.
«El Humanitarismo»: Eugen RELGIS, 900 fr.
«Carteles»: Rodolfo GONZALEZ PACHECO (2 tomos), 1.360 francos.
«Psicología humana»: Joao de SOUZA FERRAZ, 750 fr.
«Límites y contenido de la metafísica»: Pedro SANDENEGUIER, 750 fr.
«La conquista del Pan»: Pedro KROPOTKINE, 350 fr.

BIBLIOTECA DE CULTURA SEXUAL

«El sexo en la civilización»: Varios autores, Introducción de Haverlock Ellis (3 tomos), 1.425 fr.
«La cuestión sexual»: Augusto FOREL (3 tomos), 1.350 francos.
«La madurez del amor»: Edward CARPENTER, 450 fr.
«Física del Amor»: Remy de GOURMONT, 500 fr.
«La selección sexual en el hombre»: HAVELOCK ELLIS, 500 francos.
«Control de la concepción»: Alejandro LENARD, 450 francos.
«Manual del Matrimonio»: H. y A. STONE, 500 fr.
«El alma y el amor»: Magnus HIRSCHFELD, 500 fr.
«Psicoanálisis de la familia»: J. C. FLUGEL, 960 fr.
«Tipos psicológicos»: C. G JUNG, 630 fr.
«El psicoanálisis de hoy»: Varios autores, 1.200 fr.
«Matrimonio de compañía»: Ben B. LINDSEY, 330 fr.
«Historia del amor»: Marguerite CREPON, 300 fr.
«Sexo y plenitud humana»: Juan C. PELLERANO, 200 francos.
«Ensayos sobre la vida sexual»: Dr. Gregorio MARAÑON, 600 francos.
«El niño delincuente sexual y su evolución ulterior»: Lewis J. DOSHAY, 400 fr.
«El arte de elegir mujer»: SAR PELADAN, 350 fr.
«La inversión sexual»: HAVELOCK ELLIS, 200 fr.

BIBLIOTECA DE «SUPERACION PERSONAL»

«El sentido común», Yoritomo TASHI, 450 fr.
«Los objetivos, los obstáculos y los medios»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
«El arte de pensar»: Ernest DIMNET, 450 fr.
«La educación de sí mismo»: Dr. Paul DUBOIS, 450 fr.
«Método práctico de autosugestión y sugestión»: Paul C. JAGOT, 450 fr.
«El hombre que hace fortuna»: Silvain ROUDES, 450 fr.
«La lucha por el éxito»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
«El secreto de la concentración»: H. SALAS SUBIRATS, 450 francos.
«Cartas a su hijo»: Conde de CHESTERFIELD, 450 fr.
«La alegría del vivir»: O. SWET MARDEN, 450 fr.
«El hombre y el mundo»: Ralph WALDO EMERSON, 450 francos.

COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO».

«Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.
«Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.
«Tacito», por Gaston BOISSER, 420 fr.
«Bacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.
«Proudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.
«Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.
«Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABRI, 600 francos.
«Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.
«Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.
«Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.
«Stuar Mill», por H. TAINE, 600 fr.
«Frobel», por G. PRUFER, 420 fr.
«Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.
«Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.
«J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

---

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos de envío a cargo del comprador

Para pedidos dirigirse a F. Montseny — Servicio de Librería del Movimiento
4, rue de Belfort — TOULOUSE (Haute-Garonne)
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)